



*Te fe,*  
**NO** SOY  
UNA M<sup>Á</sup>S

SARAH RUSELL

*Jefe,*  
NO SOY  
UNA MÁS

SARAH RUSELL

Primera edición.

Jefe, no soy una más

©Sarah Rusell

©Diciembre, 2020.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

## ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

## Capítulo 1



Café en mano y dispuesta a afrontar aquella mañana de lunes.

Miré alrededor y me salió una sonrisa, por fin tenía mi nuevo apartamento completamente amueblado y listo.

Me lo había comprado dos años atrás sobre plano y me lo entregaron hace apenas un mes. Este fin de semana había sido el primero que pasaba aquí, y estaba aprovechado para terminar de colocar todas mis cosas.

Eran unos edificios preciosos a las afueras de la ciudad, con zonas ajardinadas, el arquitecto había hecho un gran trabajo y los resultados fueron brutales.

Mi apartamento era de los más pequeños, dos dormitorios, el principal con vestidor y baño, en el pasillo un aseo con plato de ducha, salón, cocina y una terraza amplia donde había puesto una mesita con dos sillones cómodos.

Amueblado todo en blanco y decorado muy cuqui, me había quedado genial y al ser nuevo se veía todo tan reluciente, que estaba loca de contenta.

Mi padre me había regalado los muebles, digo mi padre, porque mi madre murió cuando yo apenas tenía cinco años, así que él tuvo que encargarse de mí, eso sí, lo hizo encantado y es que no tuvo ojos para otra mujer que no fuera yo. Además, se volcó tanto en mí como en su prestigiosa carrera de abogado. Alonso Jaca, uno de los más temidos por los hombres ya que sus mujeres le encargaban los trámites de divorcio, y es que conseguía que todas salieran muy beneficiadas.

Y sí, era mi padre y lo que voy a decir sonará a eso que llaman amor de hija, pero era un hombre

de lo más guapo. Alto, pelo castaño con algunas canas propias de la edad, apenas si le faltaban tres años para cumplir los sesenta, unos ojos marrones de lo más expresivos, atento, cariñoso y la sonrisa más bonita del mundo.

Me consta que muchas mujeres suspiraban por él, pero mi padre no les hacía el menor caso, seguía enamorado de la mujer que fue el amor de su vida.

Mi padre quiso pagarme el apartamento, pero me negué rotundamente, quería ser yo quien lo hiciera con una hipoteca y el sudor de mi frente, no es que sudara mucho trabajando, pero sí que me lo había currado bien.

La terquedad era, junto con el color de sus ojos, lo que había heredado de él, el resto era todo de mi madre. Melena negra, de estatura mediana y en cuanto al rostro, casi, casi, como dos gotas de agua.

Me saqué la carrera de periodismo y terminé trabajando para una revista del corazón donde me dedicaba a desarrollar noticias sobre los personajes más mediáticos de estos momentos y que estuvieran ahora mismo en boca de todos por alguna cuestión personal. Me encantaba mi trabajo.

Desde los veinticinco años que hice las prácticas en esta revista ya me quedé trabajando en ella, ahora tenía treinta y estaba fija con unas condiciones buenísimas, y es que mis jefes estaban muy contentos con mis resultados, decían que veían cómo me dejaba el alma.

Me abrigué ya que era un frío día de enero y salí de allí en mi coche, regalo de mi padre el año anterior por Reyes, un todoterreno blanco que me encantaba, una cucada.

Llegué a las oficinas y me dijeron que tenía en la sala de espera al mismísimo Iván Vera, esperando a la persona que había sacado el titular de su divorcio, o sea, yo.

Volté los ojos, fui a buscarlo y lo encontré sentado con una cara de esas que anuncian que estaba muy enfado, me presenté dándole la mano y lo hice pasar a mi oficina.

—¿Un café? —le pregunté señalando la cafetera.

—No, gracias —yo me preparé uno y me senté frente a él, esperando a que me dijera qué pasaba, como si yo no lo supiera.

—¿Entonces?

—Quiero que rectifiques el titular de la revista —vaya, me tuteaba. Bueno, pues nos tutearemos.

—Sabes que no puedo y no voy a hacerlo, a no ser que me demuestres que ese titular es mentira y encantada lo haré en primera plana.

—¿Es mi vida! —gritó, sin levantarse de la silla.

—Eh, baja el tono que no estoy sorda, sé que es tu vida, pero debes de comprender que también es pública.

—Sí, pero eso no te da derecho a poner en primera plana que mi mujer se fue de casa por una infidelidad mía.

—¿No lo fuiste?

—¿Eres juez?

—No, pero soy periodista y mi trabajo es llegar al corazón de la noticia y es que tu mujer te pilló porque habías tenido una aventura con otra y por eso te dejó.

—Me da igual mi mujer, la otra y todo, solo quiero que se limpie mi nombre.

—Pues eso lo deberías de haber pensado antes.

—¿Antes de qué?

—De que tu mujer te hubiese pillado con el carrito del helado.

—Mi mujer no me pilló, fue una trampa que le puse para que me dejara de una vez por todas.

—¿Me estás dando otra noticia? —pregunté sonriendo, aquello sonaba de lo más jugoso.

—Póngala y le juro que la hundo.

—¿Hundir, tú y cuantos como tú?

—No vaya de listilla que tengo los mejores abogados.

—No te creas que no estoy bien respaldada —sonreí retándolo.

—Quiero que rectifique la noticia —dijo muy enfadado.

—¿Y qué público, que la información estaba mal y que te pilló porque tú quisiste que así fuera?

—Ni se le ocurra —rio enfadado—. Ponga que no estaba segura de esa infidelidad por algunas informaciones que le han llegado por otras fuentes.

—Claro y quedo como una profesional de mierda para conseguir que el empresario más conocido por sus juergas dentro del mundo del famoseo quede como un rey.

—Se vas a arrepentir.

—Vuelve a amenazarme, y mañana serás noticia de nuevo.

—¿Qué va a poner, otra de sus mentiras?

—No, de las tuyas —le hice un guiño.



—¡Váyase a freír espárragos! —Se levantó enfadado y me señaló con el dedo—. Se va a enterar usted de quién es Iván Vera.

Ahora ya no me tuteaba, habíamos pasado del tú al usted, mira qué bien, qué agradable el señor Vera. Pues yo iba a seguir tuteándolo, tres pepinos me importaban si le molestaba.

—Mañana vuelves a ser titular —le hice un guiño.

—Atrévase —sonrió con ironía.

—Y tanto que me atreveré.

Salió cerrando la puerta de tal forma, que escuché a uno de mis compañeros decirle que bajara los humos.

Y nada, me lo acabó poniendo a huevo, ya que me puse a redactar uno de los artículos que saldrían en titular de cabecera de la revista y que no sería otro que “*El empresario Iván Vera está muy nervioso por las noticias filtradas de su separación*”, luego dentro hablaría sobre que apareció por la revista para pedir la rectificación de la noticia en un tono no muy conciliador. Si quería guerra, había venido al lugar adecuado y es que por mi trabajo mataba y si hablábamos de imposición, ya conmigo las tenía todas perdidas.

La verdad es que el tío en las distancias cortas ganaba, y mucho. El señor Vera, era un bombón en toda regla. Cuarenta y dos añitos tenía y muy, pero que muy bien llevados, que se le notaba bajo esos trajes que solía llevar un cuerpo de lo más definido, vamos que le cundían bastante las horas que pasaba en el gimnasio.

Con el cabello castaño, algo más claro que el de mi padre, y unas poquitas canas salpicadas por las sienas, ese hombre era lo que se llamaba un madurito potente. Vale, muy potente.

Sus ojos, de un azul oscuro que te atrapaban en cuanto lo mirabas, no pasaban desapercibidos para nadie.

¿Y qué decir de la sonrisa? Por favor, si hasta cuando le salía esa en plan canalla cabreado era perfecta.

Lo dicho, todo un bombón que las féminas del país se morían por probar y que, como estaba casado, ninguna había podido hacer.

Ahora la cosa cambiaba, se había divorciado y estaba convencida de que muchas de esas mujeres de diversas edades, que suspiraban por los huesos del inversionista más conocido, sacarían todas sus armas para tratar de conquistarlo.

La cuestión es si él se dejaría conquistar o si tendría en mente alguna mujer para que ocupara el puesto de su ex esposa, pero me chocó bastante eso que dijo sobre que el tema de su infidelidad fue una trampa que le puso a la que hasta ese entonces era su mujer.

¿Qué había de cierto en todo eso? Porque después de varios años casados digo yo que, si había algo que no le gustaba de ella, lo sabría desde el principio, ¿no?

Dejé un momento el artículo para buscar en Internet cualquier cosa sobre su ex.

Fue poner su nombre en el buscador, y aparecer miles de resultados, vamos que me podría pasar la mañana aquí cotilleando sobre la famosa ex modelo Cristina Gómez, y acabaría sabiéndome de memoria su vida en obra y milagros.

Treinta y seis años, dejó las pasarelas cuando se casó con Iván Vera, porque, según ella misma había dicho, quería centrarse en su vida como esposa y ama de casa.

Tuve que reírme, de verdad que sí, pero de soltar una carcajada de esas que sigues riendo hasta que te quedas sin aire y con un dolor de barriga de los fuertes.

¿Centrarse en su vida como esposa y ama de casa había dicho la plastificada aquella?

Como decía una vecina de mi padre, para mear y no echar ni gota.

Esposa, vale, que acompañaba a su queridísimo marido a galas, eventos y demás cenas donde la *beautiful people* del famoseo y los negocios se concentraba para comer y beber.

Pero eso de ama de casa... Por favor, chiste más divertido no había leído en toda mi vida. Esa mujer se pasaba las mañanas en clases de gimnasia con un entrenador personal, sesiones de peluquería y estética, a veces comía con algunas ex compañeras de profesión y por las tardes, si no estaba de compras iba a ver escaparates.

¿Ama de casa? ¡Venga ya!

Esa no sabía lo que era pasar el aspirador, la fregona o el plumero a los muebles. Lo que había que leer, madre mía.

No encontré nada sobre ella, vamos que si era más mala que la quina no se mencionaba en ningún sitio. Eso sí, fotos de la señora posando como si estuviera ante los flashes de los fotógrafos que cubren la Pasarela Cibeles, o la mismísima *Fashion Week*, todas las que quisiera y más.

Qué obsesión tenía esa mujer con las cámaras, por favor.

Pasé de seguir viendo a la plastificada y busqué al inversionista, me iba a dedicar a poner tantos titulares en la revista como pudiera, y en ninguno iba a dejarlo en buen lugar, desde luego.

Otros tantos miles de resultados con su nombre, cómo se notaba que eran noticia muy a menudo. Algún día buscaría mi nombre, a ver qué me encontraba.

Reuniones, galas benéficas, compras de algunas empresas a punto de la quiebra que él se había encargado de hacer subir de nuevo y otras tantas que había vuelto a vender posteriormente.

Muchas de esas *fake news* sobre mujeres que, según ellas contaban, habían pasado por la cama del inversor y que él mismo, mediante sus abogados y con pruebas esclarecedoras, se había dedicado a desmentir.

Pero bueno, que también había muchas que sí eran ciertas porque, antes de casarse, había fotos de

él con esas amantes de una noche, o tal vez dos, que por salir a la palestra televisiva habían conseguido esos quince minutos de fama y que contarán con ellas en diversos programas del corazón.

Cerré Internet, volví al documento que estaba redactando y me esmeré en contar cuanto había pasado en esos breves instantes que Iván Vera había estado en mi despacho. Vamos, que si el famoso empresario pensaba que iba a salirse con la suya... es que no me conocía para nada.

Así comencé ese primer día de la semana en la que me esperaba de todo, menos la aparición de ese personaje que siempre era noticia.

## Capítulo 2



Martes por la mañana y ya estaba café en mano en mi despacho, cómo no, el titular ya había salido publicado en la Web y las revistas ocupaban los estantes de todas las papelerías y kioscos del país.

Media hora después tenía en mi móvil un mensaje de Iván, por supuesto en un tono para nada conciliador, todo lo contrario, amenazando con ponerme una querrela criminal. Me tuve que echar a reír, pobre hombre.

Ni le respondí, lo dejé en leído que eso cabreaba más. Este no sabía que yo no era de las mujeres que le iba a decir a todo que sí, es más, si me tocaba las narices lo iba a poner como una moto cada semana, que tenía muchas noticias en el cajón de las que podría tirar y dejarlo un poco más cabreado.

Iván Vera, no sabía con quién había ido a dar, pero se lo haría saber gustosamente como tuviera ocasión.

El artículo tuvo un montón de comentarios en la Web, ya me imaginaba a Iván leyéndolos todos y poniéndose como una moto, pero él se lo había buscado, demasiado lo había cuidado en innumerables ocasiones y es que había muchas cosas que yo evitaba sacar de los personajes, que una se debe siempre a su profesionalidad, pero también tiene corazón.

Empecé el día organizando todas las notas para mi siguiente artículo, esta vez sobre uno de los solteros más famosos de todo el celuloide, un galán de las series de televisión que había protagonizado alguna que otra película.

Se decía, se comentaba, que se le había visto en situaciones de lo más cariñosas y acarameladas

con una compañera de reparto, hasta ahí bien, si no fuera porque la mencionada compañera estaba casada desde hacía algunos años con uno de los guionistas de la serie y tenían una preciosa hija en común.

Nada, que estábamos ante la semana de las infidelidades.

Empecé el artículo hablando de él, de su trayectoria como actor y de sus futuros proyectos, aunque sin decir mucho puesto que todo ese mundo era de lo más hermético y tanto los argumentos de las series como el elenco que lo formaría eran alto secreto hasta que se lanzaba el estreno.

Nos limitábamos a decir que estaba en pleno rodaje de una serie que vería la luz en unos meses, el próximo año, o que negociaba las condiciones de su próxima película. Cosas sutiles sin desvelar grandes sorpresas.

Pasé a contar un poco de la vida de aquella actriz conocida más sus relaciones amorosas, que por sus actuaciones en la pequeña pantalla.

Tenía, a sus treinta y cuatro años, tres matrimonios a sus espaldas, pero hijos tan solo con el último, con quien llevaba más años de relación de lo que le habían durado los otros dos anteriores.

Y ahí venía mi pequeña vena cotilla.

El primer matrimonio fue algo fugaz, como ellos decían siempre, breve pero intenso, y es que se casó a la edad de veintidós años, cuando comenzó a despegar más su carrera, con un compañero de reparto que le doblaba la edad. Un romance de seis meses, una boda exprés y un matrimonio también de seis meses. Un solo año de relación que a él le subió mucho más alto por estar con una nueva actriz mucho más joven y a ella le dio la posibilidad de encontrar muchos y mejores papeles.

Se decía que había sido una relación más comercial que de amor, pero, ¿quién era yo para juzgar aquello? Nadie, solo una periodista dedicada de lleno a mi trabajo.

Después de aquello ella se centró en su carrera, tuvo algún que otro novio sin importancia hasta que se cruzó en su camino todo un galán de la pequeña pantalla internacional.

Veintiséis años, flechazo instantáneo, cuatro meses de novios y un año y medio de matrimonio.

De nuevo, todo muy beneficioso para ambos, pero ellos mantenían que el amor era lo que les había unido y ese se acabó, como todo en la vida. ¡Qué bonito!

El que ella conociera al guionista con quien ahora estaba casada no tuvo nada que ver... ¡Ja! Esa mujer dio lo que, vulgarmente, se conoce como el braguetazo de su vida. Vamos, que recién divorciada de su segundo marido se la veía de lo más acaramelada con el guionista con quien se casó seis meses después y hasta el día de hoy.

“Flechazo, amor, montaje o beneficios comerciales”. Así es como había decidido titular el artículo, y es que, a ver, si estás casada, muy enamorada y el galán y soltero de turno se te cruza... digo yo que será porque detrás de todo eso hay una nueva oportunidad de subir en tu carrera como la espuma.

Doce de la mañana, inmersa escribiendo el artículo, y me avisó Almudena, la chica de recepción, de que el señor Vera estaba allí y quería hablar conmigo. Le contesté que le hiciera pasar.

Su cara lo decía todo, pero le hice un gesto con la mano para que se sentara, ni el saludo de cortesía hubo por ninguna de las partes.

—¿Te crees que voy a permitir que me trates de esa manera? —preguntó en ese tono que ya sabía yo, que cariñoso no iba a ser.

¡Ah, por cierto! Ya volvía a tutearme. ¡Qué majo!

—Hago mi trabajo, señor Vera.

—El artículo de esta mañana fue una putada y lo sabes.

—Te lo buscaste... —contesté encogiéndome de hombros.

—Sabes que me voy a querellar contra ti.

—Me parece perfecto, nada ni nadie te lo impide.

—Te exijo que no me vuelvas a nombrar en la revista de forma destructiva.

—En ningún momento hice eso.

—Señorita Jaca —me llamó por mi apellido—, no tienes ni idea de la influencia que tengo y lo que puedo llegar a hacer, hasta puedes perder tu empleo.

—Señor Vera, cuando quieras, te reto a que lo hagas, eso sí, mañana volverás a ser cabecera del medio digital.

—Hazlo y compro la revista, tú hazlo.

—Adelante, hazlo tú, me encantará tenerte como jefe.

—Irás la primera a la calle.

—Adelante, hazlo.

—No me provoques, no sabes lo capaz que soy.

—Adelante —repetí con total serenidad.

—Sácame mañana en titular y verás.

—Mañana nos vemos.

—Procura que no sea así.



—No tengo que procurar nada —sonreí con falsedad.

—Ya lo veremos.

—Tengo mucho trabajo —extendí la mano para que saliera.

—Me voy porque me da la gana que, si me quiero quedar aquí, créeme que lo haría.

—¿Tanto te gusta verme? —pregunté sabiendo que le iba a tocar la moral mucho más.

—Como tú, hay miles —contestó como si nada.

—No, como yo no hay ninguna, créeme —le hice un guiño.

—No puedo contigo, de verdad —se levantó y se fue como alma que lleva el diablo y yo me quedé riendo a más no poder.

Pero, ¿y lo guapo que estaba el muy jodido? Ese traje gris marengo le sentaba de muerte. Y qué ojazos, por favor, como dos océanos profundos en los que terminar perdiéndose.

No me importaría acabar naufragando en ellos.

Vale, ya estaba empezando a desvariar, joder, lo que me hacía pensar el señor Vera.

Pues nada, a preparar otro artículo de mi niño Iván, para el medio digital del día siguiente, en papel lástima que era solo una vez en semana que de lo contrario iba a volver a ser protagonista de los titulares.

Ese día fui a comer con mi padre, así aproveché para ponerlo al tanto de todo, lo que nos reímos fue poco, además mi padre decía que estaría encantado de enfrentarse en los juzgados al mismísimo Iván, así que, por el bien de este, que no se le ocurriera querellarse que le iba a salir cara la broma.

—Me como al niño de las inversiones con papas fritas, hija, así te lo digo —y se quedó tan tranquilo después de hablar. Desde luego es que mi padre iba a saco por sus víctimas.

El miércoles por supuesto le puse en un titular muy llamativo “Las amantes del señor Vera”. Cuando lo viera mi niño se iba a poner más contento que unas castañuelas, convencida de ello estaba.

Ese día ni se dignó a mandarme un mensaje, que lástima y yo que lo esperaba con todas mis ganas, pero bueno... Parecía que se lo estaba comiendo y que se guardaba de no volver a montar otro numerito para no salir al día siguiente de nuevo en otro titular, eso, o que me estaban preparando sus abogados la querrela y en cualquier momento me lo harían saber, vamos, que me importaba poco que lo hiciera, en abogados precisamente no iba a gastarme el dinero.

El jueves nos entregaron en la recepción la tarjeta para el evento anual de la revista, que se celebraría al día siguiente y se haría en un lugar precioso que yo conocía muy bien, ya que había ido a acompañar a mi padre a varios eventos.

Además, mi mejor amiga Nuria, me había dicho que ese finde se iba a pasarlo con los padres al pueblo, así que como no tenía planes pues me venía de periquete aquella cena.

Nuria tenía dos años más que yo, treinta y dos, era enfermera en el hospital de nuestra ciudad, la conocí hace diez años cuando tuve una relación con su hermano Fernando, que duró un año, luego lo dejamos de mutuo acuerdo y su hermana y yo, ya éramos uña y carne. Una relación que hasta ahora manteníamos como un gran tesoro.

Aquella tarde de jueves salí a buscar un buen modelito, me quería ver más guapa que de costumbre, así que quería coger algún conjunto de esos que sientan como una segunda piel, de los que ves y dices “este, lo hicieron pensando en mí”.

Y ni paré hasta dar con el que, efectivamente, hizo que se me fueran los ojos directamente a él. Me encantó, es que me veía con ese look en aquella noche de viernes bailando y bebiendo con mis compañeros.

El viernes por la mañana estaban todos hablando del evento de por la noche, tenían más ganas de fiesta que yo, que a fiestera no había quien me ganara, pero se notaba que estaban contentos con tener una noche todos juntos y sin compromisos.

La mayoría de mis compañeros eran casados, pero no irían con sus parejas, es más, nunca se invitaban, la empresa no lo hacía por escatimar en gastos, todo lo contrario, era para que tuviéramos un momento fuera de la revista que no fuera laboral, así que otro año que tocaba fiesta y siempre lo terminábamos pasando a lo grande.

Seguía sin noticias del señor Vera, así que me estaba preparando mentalmente para recibir algún día de la siguiente semana esa querella que tanto había mencionado. Miedo no tenía la verdad, pues mi padre me guardaba muy bien las espaldas.

Y hablando de mi padre, me estaba llamando en ese momento.

—Pensaba en ti, padre querido —dije haciéndole reír.

—Me alegra saber que soy el hombre de tu vida, hija mía.

—Eso no lo dudes, papá. ¿Qué te cuentas?

—Preocupado estoy por si recibiste algo del inversionista.

—¡Ah, eso! Nada, tranquilo que de momento no se ha pronunciado, si lo hace serás el primero en enterarte.

—Sí, que tengo que ver en qué sartén me hago las papas.

Rompí a reír, y es que mi padre sería muy duro y fiero en su trabajo, pero conmigo era un amor de hombre y tenía un humor que me encantaba. Charlé un poco con mi él y nos despedimos, le dije que ya lo llamaría para comer otro día con él.

Salí de trabajar y me eché una siestecita después de comer, quería estar descansada para darlo todo esa noche y, como siempre, sería una de las últimas en salir del evento, en eso no fallaba. Vamos, que era la reina de las fiestas y porque no venía Nuria, entonces es cuando nos daba el amanecer con un chocolate entre las manos.

## Capítulo 3



Me veía impresionante con esos pantalones negros pitillo y la blusa de cuello de barco sin botones y caída hacia un hombro, además de esas botas altas negras que me regaló mi padre por Reyes y que eran una preciosidad.

Encima mi abrigo rojo, al igual que mis labios, me veía preciosa.

Me hice una foto y se la mandé a mi padre, cada año desde que trabajaba en la empresa hacía lo mismo, y él, fiel a nuestras rutinas anuales, me contestó que estaba guapa a rabiar y que esa noche ligaba.

Grande mi padre era un rato, y fe en que yo ligara tenía más que un santo.

Vale, que yo ligar, sí ligaba, que monja ni era ni intención tenía de serlo, pero no andaba pensando en tener pareja ni formar familia por el momento.

Llamé a un taxi pues sabía que iba a beber y no iba a regresar conduciendo, así que lo más práctico era eso. Salí de casa lista a comerme la noche, vamos que no iba a escatimar yo en risas y bailes, que estas cenas de empresa se daban una vez al año y había que disfrutarlas.

Llegué al evento y ya estaban tomando un vinito en la sala de recepción de aquellos salones, Almudena y otro compañero *paparazzi*, Sebas.

Sebas tenía treinta y nueve años y estaba casado desde hacía cinco con Samira, una preciosa profesora, ambos tenían un hijo de tres años, Raúl.

Los saludé riendo por la forma en que me miraban y es que sabía que ya me estaban buscando

como en cada evento.

—¿Qué pasa aquí? —dije quitándome el abrigo y dándoselo a uno de los trabajadores de la sala encargado del guardarropa.

—Estábamos deseando que llegaras —contestó Almudena.

—Eso lo sabía yo, soy el alma de las fiestas —les hice un guiño mientras cogía una copa de vino de una bandeja que sostenía un camarero.

Duda de eso no tenía ni un poquito, ya que cada año era yo quien amenizaba las cenas, que tampoco es que fuera una payasa ni nada de eso, pero como tenía esa gracia, salero y poca vergüenza como mi padre, pues me gustaba hacer pasar un rato de risas a los compañeros.

—Tenemos una noticia que darte —dijo Sebas, frunciendo la cara.

—Soltadla, no me da miedo nada —les hice un guiño.

—Se comenta en petit comité que esta mañana, tu peor enemigo, el señor Vera, compró el cuarenta por ciento de la revista, con lo cual, quedaría como uno de los mayores accionistas —me contó mi compañero y amigo.

—¡No me jodas! —grité, y menos mal que no había dado aún ni un sorbo a la copa, porque los habría bañado a los dos en ese delicioso vino.

—Hombre, no me importaría, pero recuerda que estoy casado —contestó encogiéndose de hombros y con una leve sonrisa.

—¡La madre qué lo parió!

Así que de ahí venía su silencio de estos días, no es que estuviera preparando la querrela que iba a ponerme, no, no, nada de eso, el muy jodido del inversionista estaba planeando atacar desde dentro, cumpliendo esa amenaza que hizo la última vez que nos vimos.

Vamos que, por haber publicado aquel artículo, finalmente se había decidido a comprar la revista, no toda, pero casi.

—Pues está entrando por la sala —murmuró Almudena, intentando disimular mirando hacia el techo.

—Creo que voy a necesitar otra copa —hice señas al camarero, me bebí la mía de un trago, la puse sobre la bandeja y cogí otra.

Y yo que creía que la noche iba a ser como otra de tantas en estas cenas, llena de risas, comida, bebida, música, baile y olvidarse del trabajo por unas horas. ¡Pues anda qué no me había dado sorpresas la noche!

—¿Crees que irá a por ti? —preguntó mi querido compañero.

—Sebas, a ese tío le falta dinero y cojones para poder conmigo, así que tranquilos porque si se piensa que aprovechará su autoridad para hacer lo que le dé la gana conmigo, va apañado —noté que les cambiaba la cara.

¿Sabéis esa sensación de que las personas que tienes enfrente quieren decirte algo, pero no pueden porque la otra persona de la que estás hablando está justo detrás? Pues sí, justo así me sentía al ver la cara de Almudena y Sebas, que parecía que se hubieran comido un chili picante y estuvieran aguantando el ardor que les provocaba.

—¿Voy apañado, señorita Jaca? —murmuró preguntando en mi oído esa voz que ya había reconocido.

—Totalmente apañado —dije con una amplia sonrisa girándome y poniéndome frente a él—. Un brindis por mi nuevo jefe —choqué mi copa con la suya y le causé una risa que esbozó mientras negaba.

—Tienes un morro que te lo pisas —dijo sin dejar de mirarme con esos ojos que tenía el jodido.

—Pero, ¿a qué molo?

—Eso me lo replantearé cuando rectifiques el artículo.

¡Y ahí íbamos! Me acababa de dar el pistoletazo de salida para liarme la manta a la cabeza y salirle con una de las mías. Anda que no le quedaban a este hombre días, semanas, meses o incluso años de aguantarme trabajando para él. Si tuviera la más mínima idea de quién era Judith Jaca...

—Querido nuevo jefe —empecé con la mejor y más falsa de mis sonrisas—, déjeme decirle que, para que yo rectifique ese artículo, tiene que llegarme al menos el polvo del siglo y creo que todavía no hay hombre en el mundo que me haga tambalear de esa manera.

—Quizás es que no te llegó el adecuado —carraspeó y ya sabía yo que me lo estaba llevando a mi terreno.

—Puede ser, pero dime... ¿Tú crees que existe hombre de tal, envergadura?

—¿Me estás provocando? —Arqueó la ceja al tiempo que metía la mano en la que no tenía la copa en el bolsillo.

Bien lo sabía él, que otra cosa no, pero le estaba cogiendo yo el punto a esto de lanzarle indirectas, pullitas y provocaciones al señor Vera.

—Para nada, usted conmigo no tiene ni un asalto —sonreí fingiendo indiferencia.

—Eso lo veremos —chocó su copa con la mía y se fue tan campante.

Me eché a reír y me giré para seguir con mis compis que disimulaban, pero se habían enterado de todo.



—Judith, ¿cómo se te ocurre hablarle así? —preguntó Almudena, con carita de pena.

—Si este se piensa que va a poder conmigo, es que no me conoce.

—Eso le he dicho a Almudena ahora mismo, que este no sabe con quién fue a chocar —dijo Sebas, aguantando la risa y consiguiendo que los tres rompiéramos a reír.

Allí seguimos charlando, riendo y, en ocasiones, me sentía observada, lo juro. Sí, sabía que era él quien me miraba desde donde fuera que estuviera, que tampoco me molesté yo en saber dónde, puesto que no quería mirarle. Bueno, un poquito sí, la verdad, pero tenía que ser una profesional de la indiferencia esta noche.

Comenzó la cena y Duncan, el jefe y socio mayoritario de la revista, nos dio la bienvenida y, cómo no, presentó a su nuevo socio, Iván.

—El señor Vera será, a partir del lunes, parte de la directiva de la revista —decía Duncan, de lo más sonriente.

Me levanté aplaudiendo y gritando, ¡bravo!

Al final acabaron todos en pie y aplaudiendo al nuevo socio, total, que el pobre Iván me miró desde lejos arqueando la ceja por la que había liado, pero nada, eso no era nada, aún quedaba mucha noche.

—¡Bravo, bravísimo! —me explayé de lo lindo, ya que mis compañeros me seguían el juego.

Juro por mi padre que en aquel momento me sentí como uno de esos anfitriones de los antiguos juegos del circo romano. Para que quede claro, Iván era el pobre luchador que debería enfrentarse a mis tigres y leones, solo matizo.

Nos sentamos todos de nuevo e Iván comenzó a hablar.

—Gracias por tan caluroso recibimiento, es un honor para mí formar parte de esta revista tan

importante y reconocida nacional e internacionalmente —decía el pobre iluso.

A ver que allí éramos unos veinte empleados y teníamos mucha confianza, así que no pasaba nada por interrumpir al nuevo jefe y soltarle un...

—¡Ole tú! ¡Tú sí que vales! —Nada, no pasó nada, todos se echaron a reír, hasta el mismísimo Iván, que negaba desde aquel escenario y no digamos Duncan, que ese no sabía la movida que nos traíamos el nuevo jefe y yo.

—Gracias, señorita... —respondió Iván, mirándome con el micro en la mano y haciendo un gesto de no saber mi nombre.

—Judith Jaca, señor, pero puede llamarme Excelentísima Jaca —para qué dije nada. Todos los empleados comenzaron a reír a carcajadas y aplaudir, hasta los jefes, el mejor y el nuevo.

—Bueno —prosiguió Iván—, después de descubrir que tengo a una empleada de lo más divertida, solo quería daros las gracias por asistir a este, mi primer evento como parte de la empresa.

—¡Viva la madre que te parió! —grité desde la mesa con movimiento de mano incluido.

Mis compis me miraban llorando de la risa, sabían que hoy estaba desfasada, y como me conocían, sabían que la noche se venía movidita. Iván, desde su lugar junto a Duncan, no podía evitar sonreír, pero negando eso sí, que ya sabía yo que aquello quería decir que le había caído una buena connmigo esa noche, y razón llevaba, pero no sabía él cuánta.

Y así pasé toda la cena con Almudena, Sebas y tres compis más, llorando de la risa.

Lo mejor de todo es que nadie se creyó que no sabía mi nombre cuando todos mis artículos de la semana iban firmados por mí y era la responsable de ello, además todos se enteraron que vino buscándome a mi despacho dos veces, así que por mucho que se hiciera el tonto, el pescado estaba vendido.

Lo mejor de todo, es que se pasó toda la cena mirándome, arqueando la ceja, lo tenía en la mesa

de al lado con Duncan y otros dos directivos. Yo le devolvía la mirada con una dulce sonrisa de lo más hipócrita y, para qué vamos a mentirnos, ese hombre estaba para chuparse los dedos, pero me caía fatal, como una patada en los ovarios.

Pero es que ciega tampoco estaba, tenía estos dos lindos ojos que Dios me había dado y una se alegraba la vista de vez en cuando, y esta era una de esas veces. Claro que, a partir del lunes me la iba a alegrar de lo lindo, porque ese bombón de licor sería mi nuevo jefe.

Tal vez no estuviera mucho tiempo por la revista, pues tendría su mega imperio que dirigir y supongo que reuniones a las que asistir y todas esas cosas que hagan los súper jefazos empresarios, pero cuando viniera me lo iba a pasar de lo lindo, ya no solo por verle, sino por aquello de tirarle pullitas y soltar alguna que otra provocación.

Si algo tenía claro, es que la guerra no había hecho más que empezar.

Vamos, que todo lo que pasó en aquella película de los ochenta que todo el mundo habría escuchado mencionar alguna vez titulada "*Kramer contra Kramer*", se iba a quedar pequeña para lo que nos íbamos a traer entre manos el jefecito y yo. Ya veía hasta los titulares de prensa si llegábamos a los juzgados "*Jaca contra Vera, guerra en la revista*".

Él tendría buenos abogados, no lo ponía en duda ya que muchos de los casos a los que se había enfrentado por las mentiras que soltaban aquellas que decían haber sido sus amantes, los había ganado.

Pero, ¡ay amigo Iván! No sabía él bien quién era Alonso Jaca, a quien, en los juzgados, los ex maridos desplumados por sus esposas le conocían como "El Guerrero", y es que ese era uno de los muchos sobrenombres que se le daba al bueno de mi padre. Sí, una que es curiosa y buscó en Internet hace mucho tiempo.

## Capítulo 4



Ni qué decir tiene que cuando terminamos la cena yo ya me había tomado tres vinos y estaba que lo daba todo.

¿Para qué eran ese tipo de cenas? Para divertirse, además de para que los jefes nos dieran un poquito de vidilla y nos pusieran una buena comida por delante.

Ahora tocaba pasar a la sala donde nos tomaríamos las copas y la música haría bailar a más de uno. Bueno, a más de uno después de que yo empezara porque nunca había sabido si no salía uno de ellos el primero por vergüenza o qué, pero hasta que yo no habría el baile, cual pareja de recién casados en un convite, ahí no se movían ni las sillas, vamos.

La música comenzó a sonar con la canción tan discutida en todas las redes, pero bueno que invitaba a bailar dejando al margen cómo se interpretara la letra.

*«Y ahora todo cambió, le toca a ella.*

*Mari y una botella.*

*Gracias al maltrato se puso bella.*

*Ahora tú la quiere' y no te quiere ella»*

Y ahí estaba Judith, o sea yo, bailando como si me fuera la vida en ello, además, todos estos bailes los conocía de *Tik Tok*, que tenía un vicio con esa aplicación impresionante, hasta me había comprado el aro para grabarme con la luz perfecta.

Meneíto por aquí, meneíto para allá, cadera, cadera, culete, meneíto y en uno de esos giros de cabeza me topé con la mirada de Iván que tenía una media sonrisa mientras escuchaba a Duncan, o

fingía hacerlo, pero con los ojos puestos en mí, hasta le dediqué un contoneo de caderas. Al final me iba a coger cariño y todo, que lo estaba yo viendo.

Almudena y Sebas no dejaban de reír viendo cómo yo lo hacía todo a posta y les guiñaba un ojo cuando iba a bailar más desinhibida.

Vamos que, si ese hombre pensaba que le iba a dejar pasar una noche tranquilo, lo llevaba claro. ¿Había dicho ya que me encantaba provocarlo? Pues eso mismo, ¡otro meneíto de caderas para mi nuevo jefe!

—Dime que has bailado para mí y te saco ahora mismo de aquí —escuché su voz ya reconocible tras de mí, que estaba cogiendo una copa que había pedido en la barra.

—¿Y dónde me llevarás? —Me giré y lo tenía tan cerca que pude oler su perfume y... ¡qué bien olía, por favor! — ¿A dónde llevas a todas tus conquistas?

—A demostrarte que el polvo de tu vida hay hombres que sí son capaces de dártelo.

—¿Y tú te crees capaz de ello? —pregunté soltando una carcajada que tuve que cruzar las piernas y ponerme la mano en medio porque me meaba toda.

—Déjame demostrártelo y luego me dices —carraspeó con su media sonrisa.

—¿Yo, follando contigo? Eso debe ser como un monólogo de Paz Padilla, de risa vamos.

—Creo que eres un poco cobarde.

—Cobarde no, desganada hijo, que no me pones más que contenta, es que me haces reír mucho. ¡Tienes cada cosa...! —Hice un gesto con la cabeza a modo de gracia.

—A las dos te espero afuera, en mi coche, si eres tan valiente, ven —se giró y me dejó con la boca abierta, ni tiempo a contestarle me dio el chulito de mi jefe.

Me fui riendo hasta Sebas y Almudena, que me miraban con cara de esperar que les contara ya lo que me había dicho.

—Que dice que a las dos me espera fuera para darme el orgasmo del siglo, o de mi vida, algo así —di un trago a la copa y lo escupí del ataque de risa que nos dio a los tres.

—¿En serio? —preguntó Almudena, poniéndose la mano en la boca.

—Y tan en serio.

—¿Y vas a ir? —preguntó Sebas.

—¿Cómo va a ir? Qué cosas tienes —dijo Almudena, negando.

—Pues, puede que vaya —les dije y se les cambió la cara—. Porque os digo una cosa, si es verdad que me va a dar el polvo del siglo, pues oye, eso que me llevo. Que caer, me cae mal, pero bueno está un rato, y si de lo contrario folla de pena, pues mira, me voy a reír de él para toda mi vida.

—No lo hagas, te puedes arrepentir —me sugirió Almudena.

—Deja que aún quedan dos horas para decidirme, ya os digo luego, ahora brindemos por el posible polvo del siglo —choqué mi copa contra la de ellos que no cerraban la boca del *shock* que tenían.

—Y yo que para hacer esas cosas casi tengo que conocer hasta su grupo sanguíneo... —dijo Almudena con la mirada ida y Sebas y yo, nos pusimos a reírnos de verla.

Con lo mona que era Almudena, y la poquita suerte que tenía con el sexo opuesto.

A ver a qué hombre con dos dedos de frente se le podría pasar por la cabeza dejar escapar la

ocasión de conocer a una mujer como ella, de treinta y cinco años, rubita, de ojos verdes y con una carita de muñeca que enamoraba.

Vamos, tenían que estar ciegos o ser gilipollas.

En los cinco años que llevaba trabajando en la empresa, Almudena tan solo había estado con un chico, uno que salió sapo más que rana, pero bueno.

Al final acabaría por llevarla una noche conmigo y con Nuria, a ver si le dábamos una alegría a ese cuerpazo que tenía, que era menudita, pero vaya curvas gastaba la amiga.

*«Hawái de vacaciones, mis felicitaciones»*

La música sonaba, una canción tras otra y ahí estaba yo, en la pista dándolo todo, saludando a unos compañeros y otros que se me pegaban para bailar, en el fondo era verdad que yo era el alma de la fiesta, vamos y tanto, de lo contrario aquello sería una manifestación laboral. Menos mal que una tenía su arte, comenzaba a bailar y luego aquello era toda una cadena de movimientos de piernas.

En cuanto escuché las primeras notas de esa salsa que tanto me gustaba, cogí a Sebas por banda y me lo llevé de la mano a la pista, ese hombre bailaba aquellas canciones como nadie que yo conociera, así que cuando nos reuníamos en estos saraos anuales, nos hacíamos los reyes de la pista.

Qué pena que cuando yo entré en la empresa él ya estuviera pillado, pero bien pillado, pues se acababa de casar unos meses antes. Si hubiera estado soltero y libre como el viento, otro gallo nos hubiera cantado a los dos, que ese hombre era de los que te debían regarla un señor polvo, vaya que sí.

Acabó la canción y nos ganamos la ovación del público como si estuviéramos en un concierto de algún cantante de renombre, pero oye, nuestro esfuerzo nos había costado que estaba yo muertecita de sed.

Volvíamos con Almudena y le quité la copa de la mano, me la bebí de un trago y regresé a la pista donde seguí dándole todo, una canción tras otra.

De vez en cuando me cruzaba con la mirada de Iván, que se señalaba el reloj recordándome que el tiempo iba pasando y yo, yo le sonreía con contoneo de caderas y luego le sacaba los morritos, mis compañeros que estaban al loro de todo debían estar flipando.

Bien poco me importaba, yo era mujer soltera y no tenía que justificar mis actos, así que a quien le pudiera molestar ya sabía por qué lugar oculto podía pasarse sus opiniones.

Afortunadamente ninguno de mis compañeros me decía nada.

Agotada acabé de ese último baile y con más que sed, que uno que paseaba por el desierto, que ya habría que tener ganas para pasear por allí con ese calor sofocante y todo lleno de arena, vamos, así que paré un poquito a coger aire e hidratarme, que al paso que iba acabaría en urgencias con un gotero de suero.

Fui a la barra a por otra copa y claro, el nuevo jefe que no tenía otra cosa que hacer que estar pendiente de mí, volvió a sorprenderme por la espalda.

—Te quedan quince minutos... —susurró con un tono de voz que haría que se derritieran los polos. ¡Madre mía de mi vida!

—¿Me voy a morir? —pregunté poniéndome la mano en el pecho y haciendo como que estaba asustada.

—De placer...

—No soy una más que se siente satisfecha con poca cosa, así que me alegro de saber que no voy a morir, eso será como un parchís, llegar a la meta y ganar —sonreí ampliamente.

—El tiempo vuela... —Se giró y se marchó.



Y tanto que volaba, pero ¿y qué hacía yo con ese yogurín que me caía como una patada en los ovarios?

¿Yogurín ese hombre de cuarenta y dos años para una muchachita de treinta como yo? ¡Por favor! Que me sacaba doce años...

Porque me caía mal, que el tío llegó avasallando a mi despacho la primera vez que nos vimos por un artículo en el que lo único que yo había hecho era contar la verdad, esa que sabía todo el mundo, aunque según él, fuera un montaje.

¿Cuánto de montaje y cuánto de verdad había en esa noticia que yo había contado al mundo? Pues a ver, contrastada estaba y era verídica, otra cosa es que el señor inversionista me dijera que no lo era, pero como en todos los casos, era su palabra contra la mía.

Lo perdí de vista y sabía que se había ido a su coche a esperarme, ahora estaba el dilema de si ir o no ir, pero oye, que yo me había tomado dos copas y pasar un buen rato con semejante bombón... ¿Qué me lo impedía? Realmente nada, ese hombre ya estaba divorciado, no había una mujer esperándolo en casa para dormir acurrucados, así que perfectamente me lo podría llevar yo por delante y que me quitaran lo “bailao” esa noche, que bromas aparte no habían sido pocas las canciones que me habían tenido en la pista dándolo todo.

Además, me iba a querellar. ¿No tenía eso su morbo? Pues ale, claro que iba a ir, para arte el mío. A nadie le amarga un dulce y si se trataba de un bombón como Iván Vera, menos todavía.

Que seguro al final era como todo, perro ladrador y poco mordedor, que se habría tirado el pisto del polvo de mi vida y seguro que me dejaba a medias y con las ganas, vamos, compuesta y sin gustillo.

—*Me voy, me voy, me voy, me voooyyy*—canturreé llegando al lugar en el que estaban mis dos compañeros, haciendo mi propia versión de uno de los cantantes más famosos de nuestro país y de Latinoamérica.

—¿Ya te vas a casa?—preguntó Sebas, mirándome con una cara de no creérselo, impresionante.

Normal, si yo en estas reuniones de empresa era la última en recogerme, y eso después de pasar por la churrería a desayunar.

—Me da a mí que no —contestó Almudena, mirando su reloj.

Al verla, Sebas arqueó una ceja y yo me encogí de hombros con una sonrisa.

—Sebas, qué quieres hijo, la noche es joven, él se ha ofrecido y yo... ya sabes, soy un poquito curiosa y voy a ver qué me es eso que tan amablemente nuestro nuevo jefe, el señor Iván Vera, tiene que mostrarme.

—Judith, estás muy loca, que lo sepas.

—Y tú muy casado, si me dejaras enseñarte lo que escondo bajo mi ropa a diario... —Hice un contoneo de caderas y Almudena soltó una carcajada.

—Si yo fuera así de directa... —dijo ella.

—Pues más de un señor polvo te habrían dado, Almudenita de mis amores —le contesté.

Me despedí de Sebas y Almudena, que no se lo podían creer y vaya que no, ya estaba yo recogiendo mi abrigo rojo para salir por la puerta a lo pura tentación, eso sí, pasé antes por el baño para retocarme un poco el maquillaje, echarme unas gotas de perfume y salir de aquel lugar como si de la Pasarela Cibeles se tratara, vamos que para eso yo tenía un arte que no podía con él, vaya si lo tenía...

## Capítulo 5



De pie y apoyado sobre la puerta del copiloto con los pies y brazos cruzados con su media sonrisa, así estaba él cuando salí, y claro, más ampliamente sonreí, que para chula yo más que él.

—Ah, sí que está usted aquí, creí que se habría tirado un farol —dije parándome justo delante de él, para provocarlo más que nada.

—No me tiro faroles, cuando digo algo, lo hago en serio. ¿Preparada para ese polvo que te va a hacer vibrar? —preguntó muy cerca de mi oído haciendo que me estremeciera.

—Si de verdad cree que es capaz de conseguirlo...

—Vas a gritar más esta noche de lo que lo hayas hecho alguna vez en tu vida.

Me quedé mirándolo fijamente, hasta que sonrió de esa manera tan jodidamente seductora.

—Adelante —dijo abriendo la puerta al fin.

—Claro que sí, jefe —guiñé el ojo poniendo morritos y él rio negando.

Me senté y una vez que cerró la puerta lo miré disimuladamente hasta que llegó a su puerta.

Se montó y me miró sonriendo antes de arrancar, no tenía ni la más mínima idea de a dónde íbamos, pero con ese cuerpo, esa cara y lo que yo me había tomado, me podía llevar al mismísimo cuarto de la alegría, uno de esos que tienen infinidad de juguetes eróticos. Si mi padre me escuchara...

Durante el camino lo único que se escuchaba era una melodía que me parecía de lo más sensual, solo era música instrumental, pero de esas que sirven para tranquilizarte. ¿Sería que el inversionista más famoso de la ciudad e internacionalmente conocido estaba nervioso? Por favor, a otra con ese cuento.

Supongo que era este tipo de música la que le gustaba escuchar cuando llevaba a una mujer en su coche de camino a algún hotel de esos elegantes de cinco estrellas, donde una sola noche puede llegar a costar lo que yo gano en un mes de trabajo.

Si me llevaba a uno de esos con *suite* de lujo, ya me podía sentir afortunada porque no me vería en otra. A ver, que me relacionaba con mucha gente importante dado el trabajo de mi padre y solía acompañarlo a muchas de las cenas a las que acudía, pero no dormía todos los fines de semana en un hotel de lujo.

Llegamos a una urbanización de adosados y se abrieron las puertas de uno de ellos donde Iván metió el coche, tenía su propio aparcamiento debajo, era como un sótano, además ahí mismo había una especie de bodega recreativa para tomar copas y eso.

—Vaya con el jefe, buen sitio —comenté cuando me abrió la puerta y bajé del coche. Qué caballeroso él, por favor.

—Sí, pero ahora subimos mejor al salón —dijo cerrando la puerta.

—Lo que usted mande —me llevé la mano a la frente en plan militar.

—Te estás ganando que no te ponga la querrela por graciosa.

—¡Ah no!, a mí me la pones, yo tengo que ir a los tribunales con el mejor abogado del mundo para ver cómo te deja con el culo al aire.

—No creo que seas capaz de conseguir uno mejor que los míos —dijo carraspeando y abriendo la puerta que llevaba a la primera planta, donde estaba el salón con la entrada de a pie que era un

pequeño jardín, además de cocina, una salita de estar y baño.

—No lo digas muy fuerte —desde luego me daba a mí la impresión de que no tenía ni la menor idea de quién era mi padre.

—Pasa, como si estuvieras en tu casa —me invitó a entrar, puso una mano en la parte baja de mi espalda y entró pegado a mí.

Preparó dos copas y las puso sobre la mesa, me pidió el abrigo y lo colgó en un perchero que había en la esquina, al igual que hizo con mi bolso.

Me quedé mirándole el culo, ese al que los pantalones le sentaban de muerte. Tenía pinta de estar durito...

Cuando lo vi sonreír supe que me había pillado infraganti y disimulé como pude, pero vamos, el rubor de mis mejillas se debía notar a leguas.

Nos sentamos sobre unos taburetes de una mesa de piedra que separaba el salón de la cocina, la verdad es que era brutal la decoración de la casa.

—¿De verdad me ves como al hombre que describes en los titulares? —preguntó tras dar un sorbo de su copa.

—Peor, pero soy un amor, aunque no lo parezca.

—No tengo nada que ver con ese hombre que describes.

—Bueno, pero como es mi opinión y escribo desde ella...

—Pues eso no te da el derecho, creo que es más profesional trabajar desde la investigación y la verdad —dijo dejando la copa de nuevo sobre la mesa.

—¿La que tú crees qué es tu verdad?

—La única que hay —arqueó la ceja y otra vez la media sonrisa que lo hacía de lo más excitante.

—Bueno eso es discutible...

—Sí, lo es y mucho —se acercó y mordisqueó mi labio poniéndose entre mis piernas mientras me agarraba las caderas y un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Nos miramos sonriendo y sí, me pregunté qué hacía ahí, pero también había estado en muchos sitios en los que no debería de haber estado y no pasaba nada. Esa noche me apetecía, y oye, a nadie le amarga un dulce.

Sus ojos se quedaron fijos en los míos unos segundos, hasta que vi que los desviaba mirándome los labios. Instintivamente me mordí el inferior, acto que hizo que él llevara el pulgar justo ahí y lo pasara despacio, estremeciéndome por completo ante esa caricia.

Se acercó de nuevo y me besó en los labios como Dios manda, sí, como Dios manda, pues me hizo venirme arriba de una manera descomunal. Llevé ambas manos a su pecho y sentí el calor que, emanada de él, aun con la ropa puesta. Las subí despacio hasta dejarlas sobre sus hombros para después llevarlas a su pelo, entrelazando los dedos en él. Era suave, sedoso, y me estaba gustando tocarlo.

Noté cómo su miembro se pegaba a mí a la vez que me presionaba hacia él por las caderas, no se andaba con tonterías, sabía cómo actuar. Me estaba encendiendo, con ese simple roce me estaba excitando tanto, que solo pensaba en una cosa: que me lo hiciera ya.

Se deshizo de mi camisa dejándome con el sujetador ante él, no tardó en desabrocharlo y mirar mis pechos con un placer que se denotaba en sus ojos. Le había gustado lo que tenía delante, y yo sonreí levemente ante ese descubrimiento.

Me miraba de forma que me ponía nerviosa, pero no, no se lo iba a dar a entender por nada del mundo, para impetuoso él, descastada yo.

Me pegó a la barra, se deshizo de mis zapatos y comenzó a quitarme el pantalón hasta bajarlo completamente, luego me miró de arriba abajo y soltó el aire. Me estremecí al ser observada de aquel modo, en ese instante era el objeto de deseo que el hombre que tenía ante mí quería, y me iba a tener, por supuesto que sí.

Agarró mi mano y me llevó hacia arriba, en silencio, iba directo a su objetivo y yo dispuesta a comprobar cómo de bueno era en aquello que quería mostrarme.

Entramos en la habitación y miré de un modo fugaz a mi alrededor, elegancia, sobriedad y masculinidad en cada rincón. Una amplia cama en el centro, un par de mesitas de noche, la puerta del cuarto de baño y otra que debía ser el vestidor.

Me sentó sobre la cama y me hizo echar hacia atrás, quitó mi braga y me dejó ahí abierta ante él, que se iba desnudando mientras dejaba al descubierto ese cuerpo tan definido, además tenía una piel perfecta, lisa, me encantaba.

No podía apartar los ojos de él, quería tocarlo, sentirlo bajo las yemas de mis dedos, acariciarlo y unir nuestros cuerpos.

Se dejó caer hacia adelante y comenzó a besarme, luego fue bajando hasta llegar a mis piernas, esas que colocó sobre cada hombro ya que se había sentado delante de mí, comenzó a lamer y penetrarme con los dedos sin tregua, cuando digo sin tregua es sin parar, ya que pensé que no sobreviviría a la tortura a la que me estaba sometiendo.

Llegué ahogada y suplicando que parase, era un orgasmo de esos que te dejan temblando y contraída, agarrada con fuerza a las sábanas.

Ni en mis mejores sueños habría imaginado que ese hombre tuviera tanta destreza con ese músculo que escondía en su boca.

No me dio tiempo ni a coger aire cuando me hizo girar, poner los pies en el suelo, mi cuerpo sobre la cama que era alta, y me penetró con fuerza, mientras lo hacía tocaba con su dedo mi culo y no

me daba tiempo a nada, solo jadear entre ese temblor y falta de respiración. Otra vez me estaba llevando al límite, jamás había vivido un momento con tanta intensidad.

Se movía rápido, con precisión, sin dejar tregua, eran azotes secos y bien sincronizados. Mis jadeos y gritos se mezclaban con el sonido de nuestros cuerpos chocando al encontrarse tras cada penetración, aquello estaba siendo un momento de esos que sabes que no olvidarás en la vida.

Me agarraba a las sábanas mientras él seguía entrando y saliendo de mí sin pudor alguno, lo hacía rápido y fuerte, lo escuchaba jadear y cuando llevó una mano a mi entrepierna y empezó a jugar con ella comencé a gritar como una loca, aquello era demasiado. Su miembro colmándome por completo, llegando profundamente dada la postura en la que me encontraba, y además esos pellizcos y toqueteos que prodigaba a mi sexo.

Abandonó esa parte y volvió a mi culo, donde su dedo jugaba mientras con la otra mano iba dando azotes controlados en mi nalga de modo que me proporcionaban más placer, un placer diferente al que estaba acostumbrada, pero mucho mayor. Nos corrimos a la vez, yo me dejé caer hacia delante intentando recuperar fuerzas, él se fue al baño a limpiarse.

—No te vistas, te pones este albornoz —dijo echando uno sobre la cama a mi lado.

Ni le contesté, necesitaba coger fuerzas de ese polvazo que, sí señor, no sabía si era el polvo del siglo, pero lo que tenía claro es que me había dejado temblando entera.

Respiraba agitada, buscando ese aire que había ido perdiendo durante los intensos minutos que ese hombre me había tenido a su entera disposición. Porque sí, había sido él quien me había echado aquel señor polvo.

Yo pensando en tocar cada centímetro de su fibroso cuerpo, y me había colocado a su antojo, sin que pudiera mirarlo, ni tocarlo, ni nada. Abierta para él, con el cuello elevado y mi parte más íntima más que dispuesta a recibir una y otra vez sus embestidas.

No me iba a quejar, ya que después de un tiempo sin tener un revolcón de esos, había disfrutado y casi que ya estaba pensando en si repetiríamos en cuanto él se recuperase. ¿Así de bueno había



sido? No iba a mentir, sí.

Había tenido buenos polvos en mi vida, pero reconozco que la fogosidad y el control de este, no lo había experimentado jamás. El señor Vera sabía cómo moverse, como hacer que una mujer enloqueciera entre sus manos, llevarla a lo más alto de la excitación y que acabara jadeante y satisfecha.

No le iba a felicitar ni mucho menos, yo seguiría chulescamente en mi tesitura sin hacerle un ápice de mención al momento y si me preguntaba le iba a dar a entender que no estuvo mal, pero simplemente eso, a orgullosa en estas cosas no me ganaba nadie y el punto no se lo iba a llevar así porque así.

Ahí me quedé en la cama, desnuda con los ojos cerrados mientras él estaba en el baño y yo me recuperaba de aquel asalto al que el señor Vera me había retado unas horas antes. Y menudo asalto, cuidado que el yogurín venía pisando fuerte.

Me reí ante mi pensamiento, de nuevo le llamaba yogurín, siendo yo un pequeño bocado para él.

## Capítulo 6



Salió del baño y yo ya tenía puesto el albornoz, él apareció con otro, vamos, a juego con el que yo llevaba, seguro que siempre hacía lo mismo con las mujeres que traía a su casa, que esta no era la que salía en las revistas y en la que vivió con su mujer, seguramente sería su lugar de escarceos amorosos, como diría mi padre.

Me hizo un gesto sonriente y bajamos de nuevo a la mesa que había entre el salón y la cocina, allí donde aún seguía mi ropa. Tiró los restos de las copas que empezamos a tomar cuando llegamos y volvió a servir dos nuevas.

—¿Me vas a tener toda la noche bebiendo? —pregunté bromeando.

—No solo bebiendo —metió la mano por dentro del albornoz mientras llenaba la copa.

—Entendido —reí ante su media sonrisa y sus dedos introduciéndose en mi zona íntima.

Dos dedos entraron hasta mi interior mientras me ponía la copa delante y di un jadeo, yo estaba sentada en el taburete.

Parecía que no había tenido suficiente con el encuentro anterior, o pensaba que no había quedado realmente saciada de aquella experiencia.

—Brindemos —dijo alzando su copa con la otra mano, ya que la otra la tenía ahí, presionando y tirando hacia él.

—¿Me vas a dejar tomar la copa tranquila? —reí chocándola y soltando el aire de lo fuerte que

me estaba dando en mi interior.

—Claro —dijo dando un tirón hacia él desde el interior que me hizo salir un poco del taburete, luego sacó sus dedos y los secó en una servilleta.

—No te andas con rodeos... —carraspeé.

—¿Para qué? Es claro lo evidente.

—¿Y qué es lo evidente? —pregunté llevándome la copa a los labios para dar un sorbo.

—Que tú y yo vamos a estar toda la noche follando como locos —contestó y después me mordisqueó el labio.

—No me lo imaginaba —sonreí con amplitud.

—¿Te gusta jugar?

—Depende...

—¿Te cortas en el sexo?

—No creo que haya dado esa impresión —arqueé la ceja esta vez, yo.

—Está bien —fue a la salita y me dejó allí sin saber qué iba a pasar hasta que volvió a aparecer con un vibrador perfectamente cerrado en su caja —. ¿Lo has usado?

—De todos los tamaños y colores —sonreí por no tragar saliva, aquello pintaba que a él le iban los juegos.

—Siéntate en el borde de la mesa —no era una petición, sonó a orden.

—No sé yo, ¿eh?

—¿Miedo? —preguntó con esa sonrisa de medio lado.

—Ninguno —reí saltando sobre ella.

—Abre bien las piernas, pero que estés cómoda —sacó el aparato y le puso las pilas.

Abrí las piernas tal como me había pedido, di un trago a la copa, un buen trago pues estaba convencida de que lo iba a necesitar, y me apoyé en la mesa con ambos codos.

—Métetelo hasta el fondo —lo puso delante de mí.

Eso sí que no me lo esperaba, pero lo cogí, me abrí los labios con la otra mano ante su atenta mirada y lo fui metiendo hacia dentro hasta dejarlo bien encajado.

—Muy bien, Judith, me asombras —carraspeó, puso la mano en la parte de fuera del vibrador y pulsó en él para que comenzara a vibrar.

Solté el aire y la cara se me dibujó en forma de placer, no hacía falta tener un espejo delante para saber cómo se me había puesto.

Aquello estaba virando de una manera que, si no era la máxima potencia, poco le faltaba.

Como siguiera así me iba a correr en segundos.

Di otro trago al vaso mientras me apoyaba hacia atrás con la otra mano. Quería mostrar calma, seguridad, pero por dentro estaba entre nerviosa y excitada a partes iguales.

Llevó su mano a mi clítoris y con dos dedos hizo como una pinza fuerte, gemí al contacto, luego comenzó a moverlos en círculos hacia fuera. En mi vida había experimentado ese tipo de tocamiento, solo lo habían hecho con un dedo.

Ese hombre era una caja de sorpresas, la de cosas que sabía hacer para que una mujer se excitara.

Comencé a gritar de placer, recostada hacia atrás sobre mis manos, mientras él, con la otra mano comenzó a apretar mis pezones con una fuerza que pensé que los sacaría de la aureola. Se inclinó para mordisquearlos y todas esas sensaciones juntas me hicieron estremecer.

—Siéntate, coge el vibrador y fóllate con él —me pidió en un susurró con la frente apoyada en la mía y esos dos océanos que tenía por ojos fijos en los míos.

Así que lo hice. Me incorporé con su ayuda, apoyándome en la mesa con una mano mientras que con la otra cogía aquello que seguía bien dentro de mí y vibrando. Lo saqué un poco y volví a meterlo, varias veces, y cuando arqueé la espalda cerrando los ojos, noté su mano sobre la mía y empezó a meterlo más rápido, más fuerte.

Iván me miraba con gestos de placer mientras me llevaba a otro orgasmo que hizo que me tirara hacia atrás desfallecida.

Me sacó el vibrador, me levanté directa a dar un trago y mirarlo mientras negaba.

Sacó del bolsillo un preservativo, se lo colocó y me penetró, él de pie, yo sobre el borde de la mesa, mirándome con esa cara de placer y esos gestos de excitación con los que me hacía saber que se lo estaba pasando tan bien como yo.

Tras el polvo me dejó ahí sentada y volvió a ir al baño, yo me preguntaba si era el último o me iba a tener así toda la noche, pero no, no fue el último, hubo dos más donde él tenía el control pleno, donde me puso al límite y me lo hacía como nadie nunca me lo había hecho.

El último fue en la ducha, yo creí que habíamos terminado, pero me equivocaba. Iván empezó a enjabonarme la espalda, todo normal, hasta que me cogió las manos y las apoyó en la pared, me hizo agacharme un poco con la mano puesta en mi espalda y me elevó las caderas. Sus dedos fueron directos al clítoris, tocando, pellizcando, y después los metió en mi interior varias veces.

Lo siguiente que noté fue su miembro embistiendo mientras me agarraba fuerte de las caderas, hasta que volvimos a correr juntos.

Sin duda, ese hombre había conseguido lo que se propuso llevándome a su casa, tenerme toda la noche follando.

Llegó el amanecer y salimos de allí, pensé que me llevaría a mi casa directamente, pero no, paramos a tomar chocolate con churros.

—Esto es un vicio, que lo sepas —dije en cuanto nos trajeron los dos desayunos—. Te estás exponiendo a que quiera uno todos los sábados o domingos.

—Se puede negociar —contestó sonriendo.

—¡Uy! No sé yo si sería buena idea la de verme con mi jefe todos los fines de semana.

—Cenas de trabajo —dijo como si nada.

—¿Y lo del sexo? ¿Cuenta cómo horas extra, jefe? —pregunté arqueando la ceja.

—Come, que calientes están mejor.

—A mí me lo vas a decir —me llevé un churro a la boca y cerré los ojos al notar el delicioso sabor del chocolate.

Iván estaba muy juguetón y risueño, cada vez que me metía un churro con chocolate en la boca, me miraba con su media sonrisa y arqueo de cejas, yo estaba muerta de risa. Quién me iba a decir que iba a terminar con el reconocido empresario en la cama y aún más, después de que el muy jodido hubiese comprado una parte de la revista para intentar frenarme, pero eso estaba aún por verse, este no me conocía y la guerra no había hecho más que empezar.

—Todo un acierto traerte a desayunar —dijo mirándome fijamente.

—¡Hombre! Es que comerse un buen churro bañadito en chocolate es un placer.

—Quién fuera churro, entonces —me miró con esos ojos que me hacían estremecer, lo juro, me recorría un escalofrío por todo el cuerpo cuando me miraba así, como si quisiera comerme entera. Y me dejaría, ¡vaya que sí!

Tras el desayuno me dejó en mi casa, me dio un beso en los labios y no me dijo nada más, ni de quedar, ni de volvernos a ver, nada de nada.

Me reí entrando, pensando en la locura de noche que había tenido, aún me dolían mis partes y me temblaba todo el cuerpo. ¡Cómo follaba el jodido! Aunque a él no se lo iba a hacer ver, pero tenía que reconocer que sí, había sido todo un descubrimiento.

Si había sido así con todas esas mujeres con quien realmente había estado antes de casarse, no me extrañaba que muchas quisieran estar entre sus sábanas. No es solo porque el tío sepa cómo hacer que una mujer vibre en ese momento, sino porque es atento, no va solo a meter, correrse y ya, se preocupa, sobre todo, de que la mujer que lo acompaña disfrute de cada momento.

Me metí en el baño un buen rato con un café que me hice antes de entrar, necesitaba asimilar todo antes de irme a la cama y por la hora que era y conociéndome, el sábado ya estaba perdido y capaz era de hacer doblete y despertar el domingo por la mañana, no sería la primera vez que lo hiciera, pero bueno, ya veríamos.

Me había duchado antes de salir de su casa, pero necesitaba que el agua caliente calmara cada músculo y pequeño rincón de mi cuerpo, me sentía como si me hubiera pasado horas haciendo ejercicio en el gimnasio.

Vale, que sí, lo había hecho, pero otro tipo de ejercicio mucho más placentero.

Me fui a la cama y me acosté desnuda después de secarme, para qué me iba a poner nada, si así es como llevaba las siete horas anteriores, desnuda, como Dios me había traído al mundo y es que encima era una sensación de lo más placentera.

## Capítulo 7



No sé cuántas horas había dormido, ni me importaba, había caído redonda después de esa frenética noche y la verdad es que había dormido como un bebé.

Cogí el móvil y vi un mensaje de mi amiga Nuria y me di cuenta de que eran las nueve de la noche.

—¡Hola! Vaya cara tienes, hija —dijo tras saludarme.

—Como que me acabo de despertar, no te digo más.

—Pero, ¿qué hiciste anoche en la fiesta de empresa?

—Si yo te contara... —contesté riendo.

—Pues cuenta, cuenta, que tengo tiempo.

Estuve charlando con ella un rato por videollamada contándole lo de la noche anterior con Iván, ella lo conocía de la tele, ya que era un personaje muy mediático.

Estaba que no salía de su asombro cuando le conté todo con pelos y señales, desde que se presentó por primera vez en la oficina, hasta que me amenazó con querellarme y cómo compró una parte de la revista que estaba a la venta por el otro socio, hasta colarse en la cena y terminar pasando la noche de fogosidad conmigo, casi nada, como para que la chiquilla no estuviera en *shock*.

Me preparé un sándwich rápido y me senté en el sofá a ver una serie, ahora a ver quién era la



bonita que se acostaba a dormir después del maratón de horas que me había pegado durante el día durmiendo.

Y maratón fue el que me di con la serie, me tenía enganchada y como el sueño no estaba ni se le esperaba pues... así pasó. Que me acabé viendo los capítulos que me faltaban.

Entre tanto miré un poquito a ver cómo estaba el panorama del famoseo, si había noticias nuevas de esos días por Internet, y también busqué a mi jefe, sí, lo hice.

Es que era guapo el tío, y de un fotogénico... No había una sola imagen de las muchas que circulaban por el mundo digital en la que no se le viera bien al muy jodido.

Me dieron las dos de la mañana dando más vueltas en la cama que una niña pequeña en la feria, hasta que conseguí coger el sueño.

El domingo fui a casa de mi padre a comer con él, por supuesto lo puse al tanto de la película, no le conté hasta qué punto, pero sí que me besé con él, pero vamos que mi padre de tonto tenía poco.

—Chocolate con churros, ese hombre sabe cómo conquistarte —soltó una carcajada y yo con él, y es que eso era un auténtico manjar para mí, un pecado en la tierra vamos.

Se reía diciendo que, si tenía que ir contra él a un juicio, o respetarlo como mi jefe, estaba claro que lo decía en broma y que ni una cosa ni la otra, al menos esperaba eso, pues si me tenía que enfrentarme a él y pelearme delante de un juez, al final terminaría hasta poniéndome cachonda. En fin, la que había liado el Casanova.

Pasé todo el día con él, hasta vimos una peli comiendo palomitas, en la calle hacía mucho frío como para salir a tomar un café o algo y qué mejor que quedarme con ese hombre que era para mí el pilar más grande de mi vida.

—Y quitando que ese hombre compró parte de la revista, ¿cómo te va en el trabajo, cariño? —preguntó mientras cenábamos.

—Muy bien, papá. Ya sabes que en el famoseo siempre hay algún cotilleo nuevo, divorcios, infidelidades...

—Sí hija, de infidelidades voy servido —contestó asintiendo—. No todos los maridos lo son, que conste, pero el cuarenta por cierto de mis clientas se quieren separar por eso.

Terminamos de cenar mientras me contaba algunas cosas de un par de clientas que tenía ahora, solía hacerlo si veía algo raro, decía que le gustaba mi manera de pensar así que digamos que el gran abogado Alonso Jaca, me pedía consejo.

Regresé a mi casa lista para irme a la cama y comenzar al día siguiente la jornada laboral.

El lunes por la mañana llegué a la empresa y lo primero que me encuentro en la recepción es a Almudena y Sebas esperando a que les contara, así que les hice ir a mi despacho y los puse al día de todo, bueno, no con pelos y señales, pero sí que estuve en su casa y que pasé una noche loca.

—Pero, ¿qué me dices! Niña, que es el jefe —dijo Almudena, muerta de risa.

—¿Y? Que no me hubiese invitado a su casa —contesté mirándome las uñas como si nada.

—Desde luego, esto tiene mucha miga, Judith —Sebas me miró y vi que estaba en modo *paparazzi*, ese hombre era como yo, no descansaba y lo daba todo por su trabajo.

—Bueno, ¿es que no tenéis trabajo que hacer hoy, o qué? —pregunté muerta de risa— Encima que os cuento un chisme, no me traéis ni un mísero café. ¡Ya os vale!

—Bueno... Cómo nos hemos levantado esta mañana, madre mía —escuché a Sebas decir mientras se ponía en pie.

—De lunes, como siempre, pero un poco más *happy* —contesté mientras sonreía y me despedía de ellos con la mano.

Se fueron y me disponía a trabajar cuando dos golpes en la apertura de mi despacho me hicieron

comprobar que se trataba de Iván.

—¡Hombre, el nuevo jefe! Buenos días —reí.

—Vengo en plan vigilante —cerró la puerta, vino hacia donde yo estaba sentada y se apoyó de lado sobre la mesa, mirándome.

—Y qué vas a vigilar, ¿que no vuelva a publicar sobre ti?

—No creo que ahora que soy socio de la revista te atrevas a hacerlo —carraspeó.

—Bueno, me tendrían que dar una buena razón para no hacer tal cosa —apreté los dientes.

Me agarró las manos y me puso de pie, luego me agarró por las caderas y me miró de forma penetrante.

—Te queda muy bien este vestido.

—¿Gracias? —pregunté sin saber por dónde iban los tiros.

Y es que con ese hombre cualquier cosa podía pasar, que le había tratado poco pero ya lo iba conociendo.

El vestido en cuestión era de lo más sencillo, en gris marengo de lana, manga larga y a la altura de las rodillas, me encantaba y con este frío lo mejor era ir bien abrigadita.

—Bueno, y dime, ¿me has echado de menos? —habló colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Y por qué debería de haberlo hecho?

—¿Porque tuviste uno de los mejores orgasmos que has vivido jamás? —preguntó en respuesta.

—¿Y qué te hace pensar eso? —no le contesté que sí, que había sido no uno, sino varios de los mejores de mi vida, pero no se lo iba a confesar, así como así.

—Lo noté —arqueó la ceja.

—Eres un poco creído, ¿no? —negué alucinando.

—Puede... —Se apartó y fue a cerrar la puerta con el pestillo.

—No, no te pienses que en mi puesto voy a hacer nada.

—Nadie te va a echar —dijo acercándose a mí, apoyándose de nuevo en la mesa y levantando mi vestido.

—No es lugar, Iván...

—No he dejado de pensar en ti desde que nos despedimos —dijo tirándose a mi cuello y mordisqueando mientras me bajaba los leotardos finos que llevaba y metía la mano dentro de mi braga.

Sin aliento me quedé cuando me giró apoyándome sobre él y comenzó a masturbarme a dos manos, cuando me corrí me puso sobre la mesa con los pies en el suelo y me penetró. Aquello era una locura total, pero estaba pasando y lo peor de todo es que yo lo disfrutaba.

Me controlaba mucho con los gritos, pero era inevitable soltar alguno más alto así que al jefe no se le ocurrió otra cosa para silenciarme, que agarrarme del pelo con la mano, girarme para que nos miráramos y besarme mientras entraba y salía de mí una y otra vez.

Tuve que agarrarme con fuerza a mi mesa, me estaba llevando al límite, al borde de la locura, me estremecía y notaba que se empezaba a formar aquello que me haría estallar en cuestión de segundos.

Iván lo notó también pues sus embestidas aumentaron y acabamos los dos con un leve gemido tan silencioso como pudimos.

Tras hacerlo se quitó el preservativo, lo lio en un papel y lo tiró a la papelera.

Me puse bien la ropa, me dio un beso en los labios y me deseó un buen día. Abrió la puerta y se fue tal como había venido.

Me quedé en *shock*, sin saber cómo reaccionar. ¿Qué cojones estaba haciendo? ¿Cómo lo había permitido? Era cierto que sentía una fuerte atracción sexual por él, era como una tensión que no terminaba de resolverse por mucho sexo que tuviéramos, pero es que me gustaba demasiado en ese terreno, aunque de otra manera no, ya conocía de qué pie cojeaba y lo peor de todo es que yo lo estaba permitiendo...

Me quedé rayada toda la mañana, me sentía por una parte bien y por otra me reprochaba el permitir que irrumpiera en mi vida de esa manera, estaba con el coco que me iba a explotar, solo era una más y yo no podía permitir entrar en esos juegos a los que él estaba acostumbrado.

A la hora de la salida me sinceré con Almudena, que cuando le conté lo sucedido, se puso las manos en la boca incrédula.

—Judith, por Dios, ¿cómo se te ha ocurrido?

—No me regañes, que yo no lo he buscado, ha venido él...

—Ya, ya lo sé, hija. Es que no me puedo creer que el señor Vera, ese que por las dos veces que vino a buscarte más cabreado que una mona por tus artículos, así de pronto diga que no dejó de pensar en ti. A ver, que no me extraña, pues eres una mujer de bandera, pero... No sé, me da miedillo por ti.

—Yo tampoco sé qué pensar, de verdad que no —contesté, y es que estaba tan incrédula como ella.

Me dijo que tuviera mucho cuidado, que no se fiaba de ese hombre y lo peor de todo es que a mí me pasaba lo mismo, no me fiaba lo más mínimo, pero de que me atraía, me atraía muchísimo y eso era indiscutible.

## Capítulo 8



Sentía una sensación de lo más extraña, llegué a casa y ni ganas de comer tenía, era como una guerra mental por lo que había pasado en la oficina, como si me sintiera como un juguete en sus manos. ¿Dónde cojones estaba mi seguridad?

Me tiré en el sofá un buen rato cuando me llegó un mensaje de Iván que terminaría por joderme el día a lo grande.

*Iván: Tienes cuarenta y ocho horas para rectificar los artículos y decir que nuevas fuentes demuestran que no soy lo que publicaste, cúrratelo mucho. Feliz lunes.*

Cómo que, ¿cuarenta y ocho horas? ¿A qué venía ese mensaje? ¿De qué iba este tipo?

*Judith: ¿Y si no?*

*Iván: Tendré que sacar las grabaciones de mi casa y de tu despacho...*

¿En serio? ¿Me había grabado? ¿Me estaba chantajeando? ¿Lo había preparado todo? ¿¿¿En serio???

Cogí el abrigo, el bolso y salí flechada a casa de mi padre, por supuesto lo tenía que poner al día de lo sucedido, mejor que él no me iba a aconsejar nadie de lo que hacer.

—Hola, cariño —me saludó al abrir la puerta, pero en cuanto me vio la cara, le cambió la suya —  
¿Qué te pasa, hija?

—Iván Vera, eso me pasa.

Entramos y le enseñé los dos mensajes que me había enviado, me senté en el sofá y noté unas lagrimillas cayendo por mis mejillas, que me apresuré a apartar con la mano.

—¿Qué hijo de...! —Miré a mi padre y le vi cerrar los ojos, al tiempo que apretaba los dientes y respiraba hondo. Se estaba controlando, lo sabía— ¿Qué tipo de grabaciones, Judith?

—Papá...

—Judith, qué grabaciones.

—Me acosté con él —confesé, avergonzada delante de él, por primera vez en años.

—¿Podríamos decir ante un juez que te sedujo, o que bebiste demasiado y te obligó?

—No papá, en mi despacho, aunque le dije que no era el lugar adecuado, no me obligó.

—Pero, ¿las otras veces sí?

—Tampoco, bebí, sí, y él me vio, pero me acosté con él porque quise, aunque ahora ya sé por qué lo quería él.

—Tranquila que, si ese hombre quiere guerra, la va a tener. No sabe a quién ha jodido —miré a mi padre, y al ser consciente de lo que había dicho, chascó la lengua negando—. Tú ya me entiendes, cariño...

—Sí, no te preocupes.

Aquello fue lo mejor que hice ese lunes de mierda, ir para poner a mi padre al tanto de lo ocurrido, ya que me dio la clave de todo. Eso haría, si quería el artículo yo se lo daría y si tenía lo que debería de tener que se acercara a mí que iba a cargar con todo el peso de la ley y como las



amenazas las tenía por escrito, con eso nos valía.

Llegué a mi casa y empecé a redactarlo todo, quería que saliera a la mañana siguiente así que me puse manos a la obra y lo dejé listo para cuando llegara al despacho subir el artículo a la Web.

Lo solté todo sin dejar de teclear ni una sola vez, se iba a enterar ese gilipollas de quién era Judith Jaca.

Por la noche lloré de rabia, de impotencia, de asco, de dolor... Sabía que era un cretino, pero no tan a lo grande. Jamás me imaginé que pudiera llegar a hacer esas cosas solo para chantajearme. ¿Cómo había tenido la poca vergüenza de llevar a cabo semejante plan? No me entraba en la cabeza, de verdad que no.

Me acosté temprano pues no podía con mi alma, la decepción y la canallada había sido muy grande...

Por la mañana llegué la primera a la oficina, preparé el documento en el formato de la columna y lo subí, ahí lo tenía...

No salí ni a los pasillos, no quería cruzarme con nadie pues ya lo habrían visto todos. Tan solo Almudena estaba al tanto de lo ocurrido aquella noche de viernes durante y tras la cena, al igual que el día anterior en mi despacho, sabía que esa mujer no contaría nada a nadie, pero sí que vino a mi despacho.

—Dime al menos que estás bien —me pidió cuando se sentó frente a mi mesa.

—Ahora que he soltado todo, sí, pero no creí que fuera capaz de hacer algo así.

—Ni yo, te dije que no me fiaba de él, pero es que esto es... No sé ni lo que me parece. Sabes que va a venir a buscarte, ¿verdad?

—Sí, y posiblemente arda Troya y la revista entera, pero tranquila, estoy preparada para todo.

Ella asintió, se levantó y vino a darme un abrazo y un beso, uno de esos gestos que, en ocasiones como estas y de las personas correctas, llegan a reconfortar y mucho.

Se marchó, dejándome sola de nuevo, y empecé a revisar las notas de mi siguiente artículo.

Ni una hora después de que subiera a la Web el artículo, la puerta de mi despacho se abrió chocando contra la pared, e Iván entró como un toro de Miura.

—¡Eres una hija de puta! —gritaba señalándome con el dedo.

—El hijo de puta lo eres tú, si te pensabas que me ibas a achantar no sabes con quién diste.

—Me has metido en un problema más gordo.

—¡No tanto como en el que me querías meter tú! —grité poniéndome de pie y en ese momento entró Duncan, que lo había escuchado todo y lo sacó de allí, pensé que me diría algo, pero no.

—¡Suéltame, joder! —gritó Iván, intentando que mi jefe y su socio le soltara, pero este no le hacía caso—. Duncan, déjame que hable con ella.

—No has ido con buenas formas, así que no creas que voy a dejar que grites a esa mujer en el lugar en el que trabajamos.

—¡Cojonudo!

Me alegraba de verlo así por mala persona. Si se pensaba que me iba a retractar por una amenaza iba apañado, me lo podía haber pedido de buenas y no buscando con qué joderme, así que para estar amenazada como dijo mi padre, había que tirarse a los ruedos y lo hice.

El artículo se titulaba “*Yo también caí en sus redes*” y contaba cómo, lo que comenzó siendo un juego, se convirtió en una aventura de la cuál luego descubrí que era un método para coaccionarme a limpiar su nombre, así tal cual, por eso el motivo de que estuviera de esa manera.

Ya no me podía amenazar, ya había contado yo mi verdad y lo que pasó entre nosotros, así que ahora se tenía que aguantar con su plan derrotado y con otro artículo más que hacía ver que yo no iba a ser una mujer asustada y menos coaccionada, pero él, sí se quedaba una vez más con el culo al aire.

El resto de la mañana lo pasé metida en mi despacho trabajando en mis siguientes artículos, tan solo Sebas vino a traerme un café y me dio un poquito de conversación para distraerme, cosa que agradecí.

Se preocupó por mí, dijo que no pensaba que el inversionista llegara a ser un tipo de semejante calaña y ya odiaba al jefe.

Diré que cuando Sebas tenía en su objetivo a alguien a quien odiara, podría ser víctima del flash de su cámara en más de una ocasión.

A la hora de la salida no me podía creer a quién me encontré viniendo por el pasillo directa a mí. La mismísima Cristina Gómez, ex mujer de Iván. ¿Qué coño hacía ella en la revista?

—¡Tú, niñata de mierda! —gritó señalándome con el dedo mientras seguía avanzando— ¿Te crees que la gente se va a creer que se acostó contigo teniendo un bombón de mujer como yo?

—Se supone que os estáis separando, ¿no? —pregunté a chillidos levantando las manos porque ya lo que me faltaba era la tercera en discordia.

—Eso es una invención vuestra, lo que os empeñáis los medios en hablar, que si es infiel, que si estamos rotos y, peor aún, que se acostó contigo, das risa, niñata.

Soltó todo eso por la boca con tal desprecio que, si no fuera porque mi padre me había dado una educación y unos valores, y que yo me consideraba una señora de los pies a la cabeza, la habría cogido por el moño ese estirado que llevaba, para sacarla de mi trabajo arrastras.

Pero no, no iba a caer tan bajo con alguien como ella.

—¡Váyase a la puñetera mierda! —le grité sacándole el dedo y la dejé ahí con un intento de seguir contestándome.

Salí de allí y me encontré en la puerta a mi padre, me tiré a sus brazos y rompí a llorar, le conté por encima y luego le seguí con mi coche a su casa para comer con él.

—Desde luego, esto es mejor que uno de esos casos de divorcio que llevo. Hija, menudo culebrón tenéis en esa revista.

Me hizo reír y también me dijo que estaba orgulloso de tener una hija como yo, con las agallas que tuve para poner ese artículo y enfrentarme a ese hombre tan deleznable.

Mi padre me comentó que había estado reunido con Duncan, se llevaban muy bien por varios casos que le había llevado, y lo puso en antecedentes de todo antes de que me juzgara por el artículo, sin duda ahora entendía cómo fue a por Iván cuando lo escuchó en las oficinas.

Iván era un maldito niño podrido en dinero capaz de comprar una parte de la revista por callarnos la boca y eso es lo que hizo, pero no, no se había salido con la suya y lo que planeó como algo para callarme para siempre, se la tuvo que comer doblada, le salió rana.

Luego el tema de la mujer, pena me daba, mucha modelo internacional que fue y se quedó para vivir defendiendo a un hombre que la engañaba con una y otra y ella no lo quería ver. En fin, qué asco me daba todo.

Ese día lo pasé con mi padre que era la única persona capaz de calmar mis tristezas, no fue hasta después de la cena que me fui a mi casa para dormir, ya al día siguiente la vida diría.

Me preparé un baño, lo necesitaba, y mientras me relajaba con un poco de música de fondo, recibí un mensaje de Nuria.

Flipando estaba ahora que acababa de llegar a su casa de uno de sus turnos de trabajo y había leído el artículo mientras cenaba.

*Nuria: No me he atragantado con una aceituna de milagro. Y vivo sola, mal lo llevo para que me lleve alguien a urgencias. ¿Tú estás bien?*

Me había hecho reír con ese comentario, sin duda alguna esa era mi Nuria en todo su esplendor, que sabía que yo estaba hecha una mierda y quería sacarme unas risas.

Le dije que sí, que estaba todo lo bien que podía y me despedí de ella.

Salí del baño y me fui directa a la cama, ni fuerzas ni ganas de ponerme un pijama tenía, solo quería dormir y despertar un mes de después a ver si las cosas se habían olvidado, aunque solo fuera un poco.

## Capítulo 9



Llegué a las oficinas y me topé con Duncan, quien me pidió que fuera a tomar un café a su despacho, no sabía si reír, llorar o echarme a temblar.

—Siento mucho lo que pasó ayer —me señaló una de las sillas para que me sentara mientras servía dos cafés.

—Lo siento, nunca debí de...

—No sientas nada, te diré que me pareció bochornoso que te hiciera eso y amenazara con unas grabaciones, cuando me lo dijo tu padre me quedé en *shock*.

—Bueno, la culpa fue mía por jugar con fuego.

—Lo que no entiendo es que compre una parte de la sociedad solo para callar a la revista, que conste que no me importa puesto que tengo la mayoría de las acciones y mi palabra está antes. Él se puso un despacho, pero no va a trabajar como lo hago yo o el equipo de dirección, vendrá a ratos, pero condeno lo que hizo contigo, no me cae mal, pero ese hecho me hace tener las antenas muy bien puestas con él. He de decirte que, aplaudo tu valentía por haber puesto ayer ese artículo con el que ya no le das opción a seguir con esas amenazas de tanta bajeza.

—Bueno, pero yo no quiero que haya conflicto entre ustedes por mí —cogí la taza que me puso delante.

—Tranquila, solo quiero que cualquier cosa, me mantengas informado.

—Gracias, pero no te preocupes creo que parará, al menos confío en que lo haga.

—Yo también, ayer cuando hablé con él, le dejé muchas cosas claras y no creo que sea capaz de atreverse a volver a venir buscándote y a decirte nada.

—De todas formas, ya no se me ocurriría escribir más de él.

—No debes pues es parte de la empresa, pero si vuelve a pasar algo está claro que estás en todo tu derecho de utilizar la Web para poner lo que quieras, sabes hacerlo.

—Gracias. La mujer también intentó darme una reprimenda, no entiendo...

—La mujer está haciendo todo lo habido y por haber por volver con él —me dijo mi jefe encogiéndose de hombros—. Según Iván, va diciendo que sigue con su matrimonio y no es así.

—No entiendo nada, pero bueno, allá ellos.

Le di las gracias por todo y volví a mi puesto de trabajo, pasé la mañana triste, se me escapó alguna que otra lagrimilla y es que, aunque quisiera aparentar que estaba bien, no lo estaba. Me había dejado muy tocada el juego tan sucio en el que me había metido Iván, pero, ¿no sabía acaso con qué tipo de hombre me enfrentaba después de ser todo un reconocido mujeriego? Pero bueno, imagino que jamás se me podría haber ocurrido hasta qué límite era capaz de llegar por conseguir sus propósitos.

Mi padre me mandó un mensaje para saber cómo me encontraba, el hombre estaba preocupado y no era para menos, pues no es habitual que a una hija se la follen para chantajearla. Vamos, que aquello lo había escuchado que podría ocurrirle a un político, un juez o gente súper mega importante, pero, ¿a mí? Yo no era más que una periodista del corazón, por el amor de Dios, no la hija de un jeque árabe.

En fin, menuda experiencia con el importantísimo señor Vera, no me fastidies. Si llego a saber que iba a ser de todo menos religiosa como cantara uno de los más famosos del mundo de la música pues... Que me lo habría replanteado aquella noche de viernes.

Joder, si es que eso me sonaba hasta como para el principio de una canción.

*«Aquella noche de viernes*

*Donde me dijiste, “no te atreves”»*

Me reí a carcajadas yo sola en mi despacho ante ese pensamiento, si es que le había puesto hasta musiquilla y todo a esa estrofa. Madre mía, ¿estaba empezando a perder la cabeza? Porque eso era lo que me faltaba, de verdad que sí.

La cosa estuvo tranquila los siguientes días, no hubo señal de Iván por ningún lado y ya comencé a sentir que la paz volvía a mi vida, pero me daba cuenta de algo y es que, a pesar de la putada tan grande que me había hecho, lo echaba de menos, sí, ese juego me había salido demasiado caro y ahora estaba pagando las consecuencias de haberme metido en algo que jamás debí permitir.

Me centré en el trabajo, en los artículos sobre las últimas noticias que estaban en boca de todo el mundo, que no era otra cosa que la boda, por sorpresa, de uno de los millonarios más importantes de Miami.

Vamos, que lo de por sorpresa era que la futura novia se había quedado embarazada, y a pesar de la pronta paternidad, él quería ser parte de la vida de ese niño que venía en camino.

Desde luego, el amor llegaba de mil formas diferentes, incluso un bebé por sorpresa podía unir a una pareja más de lo que ambos pudieran pensar.

Ese fin de semana se vino mi amiga Nuria a mi casa, estaba al tanto de todo y no me quería dejar sola, así que el viernes por la noche salimos a cenar y a tomar algo.

—Es que me quedé a cuadros y rombos cuando me lo contaste, de verdad. No me lo podía creer —dijo mientras íbamos caminando al pub donde solíamos ir.

—Más alucinada me quedé yo cuando leí el mensaje de las grabaciones. Vamos, que lo que menos imaginaba es que me estuviera grabando con todo el asunto ahí, al aire mientras me follaba.



—Hija, si es que parece que nos buscamos a los capullines para el amor.

—¿Quién ha hablado de amor, Nuria? —pregunté arqueando una ceja.

—Mujer, si no hay más que verte la cara cuando pronuncias su nombre o le menciona otra persona.

—Anda, anda —disimulé como pude porque, muy a mi pesar, amor podría ser una palabra muy fuerte en un momento como ese, pero algo sentía por ese hombre. Aquello era una verdad como un templo de grande.

—Bueno, yo solo digo que esta noche nos vamos a olvidar de los hombres. A no ser que liguemos, que en ese caso ya veremos qué hacemos.

Solté una carcajada porque esa mujer no tenía remedio, de verdad que se le pasaba cada cosa por la cabeza, que era para reírse a más no poder.

No, no ligamos porque no quisimos, que quede claro, porque algún que otro pretendiente habíamos tenido. Volvimos a casa para el arrastre, eso sí, y no por las copas que nos habíamos bebido, que tampoco fueron tantas, sino por la de bailes que nos habíamos marcado. Yo no sentía los pies, los llevaba embutidos en los zapatos de tacón.

El sábado nos quedamos en pijama todo el día, comiendo y viendo pelis, el frío hacía que la mejor opción fuera esa, quedarse en casa disfrutando de la buena compañía que era mi amiga del alma.

El domingo me levanté con un mensaje de Iván, no me lo esperaba.

*Iván: Buenos días, Judith, me gustaría hablar contigo.*

Se lo enseñé a Nuria mientras desayunábamos, ella se iba ya porque esa noche tenía guardia y quería descansar además de limpiar su casa.

—Yo no le contestaba, es más, lo bloqueaba.

—Ya, no sé qué hacer, lo mismo quiere que nos reconciliemos por el bienestar del trabajo y demás.

—No tienes que darle cuentas de nada, él en la revista es socio, pero no ejerce como jefe ni nada, no sé.

—Se puso un despacho que ni pisa —le conté.

—Por eso, pero bueno, haz lo que mejor creas o pregunta a tu padre.

—No, no quiero darle más dolores de cabeza, me da pena, aunque lo hace todo de corazón. Bueno, ya veré, ahora mismo se queda el mensaje en visto.

Nuria se fue nada más acabar de desayunar, yo me quedé en el sofá con el coco comido. ¿De qué quería hablar? De trabajo no podía ser, pues primero que era domingo y segundo que ni pinchaba ni cortaba, de lo demás, creo que había que dejarlo ir. En fin, que ya me había dado el día con ese mensaje.

Le di un buen repaso al piso, vamos que había hecho una limpieza que ni en los anuncios de productos destinados para ese fin.

Con los cristales, más me valía tener cuidado porque podría olvidarme que estaban ahí y comerme alguno, ¡ni una mota había dejado! Menos mal que no iba a tener visitas.

Justo cuando estaba comiendo me llegó otro mensaje.

*Iván: Entiendo que no quieras saber nada de mí, que no quieras hablar conmigo, pero necesito hacerlo. Ya sé que no tengo el derecho de exigir, pero me gustaría que pudiéramos mantener una conversación como personas civilizadas.*

Claro que sí y a mí como persona me habría encantado que él no me hubiera tendido esa trampa, no me hubiera amenazado y me hubiese demostrado que no era ese hombre del que se hablaba en los medios, pero bueno, en el fondo me dolía mucho pues no sabía qué sentía por él, aunque me había dejado bastante pillada.

No le contesté, de nuevo se quedó en visto, ya que no tenía ni ganas de discutir y menos de hablar, prefería que se quedara todo como estaba y levantar un poco de cabeza de lo tocada que me había dejado ese hombre.

Hablé con mi padre después de comer, pero sin contarle nada y le dije que iba a poner el móvil en modo avión hasta el día siguiente, que cualquier cosa me llamara al fijo de la casa.

—Muy bien, tú descansa que falta te hace. Mañana será otro día.

—¿Cómo estás tú, papá?

—Como un toro, hija —empezó a reír y no pude evitar hacerlo yo también, vaya cosas tenía ese hombre.

—Me alegro, ahora solo falta que me digas que te has echado una novia.

—No, no. Yo mujeres no quiero más que a ti en mi vida.

—Vale, pues prometo no dejarte nunca. Tú siempre serás el principal hombre de la mía.

—Eso está bien, cariño. Te quiero, desconecta hoy de todo.

—Yo también te quiero, papá.

Y eso hice, desconectar de todo y de todos. Puse el móvil en modo avión y me pasé toda la tarde comiendo porquerías y viendo pelis de nuevo. Estaba tocada, pero esperaba no caer hundida.

Me pedí una pizza para cenar, no tenía ganas de ponerme a cocinar, y en cuanto llegó, puse una peli de miedo que llevaba tiempo queriendo ver, justo lo que necesitaba, algo que me mantuviera con la mente un poco más ocupada en ese momento.

En cuanto acabó, me metí en la cama esperando que el día que estaba a punto de llegar en apenas unas horas, fuera mejor que los que tuve la semana anterior.

Tan solo pedía eso al universo, a ver si me escuchaba y hacía el milagro de concederme paz y tranquilidad en el trabajo.

## Capítulo 10



Llegué a las oficinas y lo primero que me dice Almudena es que Iván está esperándome en su despacho...

La pobre me lo dijo apenada y yo solo solté el aire, ahora me veía en la tesitura de ir.

Dejé el bolso y el abrigo en mi despacho antes de dirigirme al de él.

Lo peor es que no sabía qué quería de mí ahora, pero bueno, fuera lo que fuese ni me iba a dejar pisotear, ni iba a entrar en disputas ni nada parecido.

Di dos golpecitos en la puerta y lo oí decir que pasara.

Entré y se puso de pie rápidamente.

—Buenos días, Judith.

—Buenos días, Iván.

—Siéntate, por favor —señaló con la mano una de las sillas.

—Dime —dije en tono conciliador con media sonrisa de lo más forzada mientras me sentaba.

—Quería pedirte disculpas por mi comportamiento, no debí haberte mentado diciendo que poseía vídeos, te puedo garantizar y firmar que no hubo ninguna grabación.

—¿Entonces?

—Lo hice por rabia, por ver que no eras capaz de tener intención de hacer algo por limpiar esos artículos.

—¿Y no lo pudiste hablar como una persona normal?

—Ya, soy un cobarde detrás de una fachada de hombre seguro —parecía triste.

—No digas eso —en el fondo yo era muy sensible y verlo así me daba tristeza—, aunque hay algo que me choca mucho...

—Dime.

—Dices que no eres como lo que publiqué sobre ti, pero se habló de tus escarceos amorosos, conmigo también pasó, lo que corrobora que eres infiel, ya que tu mujer vino aquí a decirme que no os estáis separando, entonces no entiendo.

—¿¿¿Mi mujer te dijo eso???

—Sí.

Abrió su correo y me enseñó lo que le había mandado el viernes el abogado y era la sentencia en firme de divorcio, me quedé incrédula mirándolo.

—Ella vino a buscarme para que le entregara las llaves de la casa en la que vivíamos, ya que es la que ella se iba a quedar.

—¡Ay Dios! De verdad que estoy alucinando, todo esto me vino muy grande —rompí a llorar porque todo me había sobrepasado y ahora me estaba superando mucho más.

—Eh, no, no —vino hacia mí y se sentó en la silla de enfrente cogiéndome las manos—. No te

quiero ver así, no era mi intención hacerte daño y si lo hice fue porque me gustaste, me diste mucho morbo, no te voy a mentir y entré en el juego en el que los dos fuimos los participantes, pero de ahí a hacerte daño, no fue mi intención.

—No te preocupes, se me pasará, gracias por sincerarte conmigo —lo miré y él secó mis lágrimas con la yema de sus dedos.

—¿Me das un abrazo de paz?

—Claro.

Me levanté y nos fundimos en un abrazo que para mí era de lo más confuso, pero estaba tan tocada que solo quería recuperar la paz que antes de todo esto tenía.

—Bueno, me voy a mi puesto.

—Vale, cualquier cosa no dudes en decirme.

—Claro.

Salí de allí y me metí en mi despacho a llorar, estaba aturdida, no entendía nada, pues no sabía si creerlo, parecía sincero y el que no me hubiese grabado me dejaba mucho más tranquila.

Aunque era obvio que eso no lo podía sacar, pues como decía mi padre se cavaría su propia tumba, pero claro el no haberlo hecho al menos algo de alivio me daba.

Con lo de la mujer también me había quedado a cuadros, pero vamos, que había sido un mujeriego, lo había sido.

Tenía tal dolor de cabeza que me iba a explotar...

Solo quería que llegara la hora de salir para irme a casa, me encontraba fatal.

Redacté el artículo para el día siguiente, lo dejé listo y maquetado para subirlo a la Web, en cuanto llegara a la oficina.

Hablé con Duncan y le pedí permiso para salir media hora antes, no aguantaba más, la pastilla que me tomé con el café no me había hecho el más mínimo efecto y necesitaba echarme un rato.

Me despedí de Almudena que, al verme la cara que llevaba, me dijo que descansara un poco y salió de las oficinas.

En cuanto llegué a casa me puse el pijama y me metí en la cama con la habitación completamente a oscuras, no quería ver ni un resquicio de luz por ninguna rendija.

Vaya mañana había tenido.

Me desperté casi a las diez de la noche, falta me había hecho dormir, desde luego, así que me levanté, me hice un té, pues ni hambre tenía, y me di un baño caliente.

Volví a meterme en la cama sabiendo que después de tantas horas de sueño me iba a costar dormirme, pero me equivoqué, caí rápidamente en un sueño profundo.

Al día siguiente me encontré por los pasillos a Iván, me saludó amablemente y me preguntó cómo estaba, le dije que bien y poco más.

Luego me enteré por Sebas de que iba a tomar su despacho como lugar de trabajo para llevar todos sus negocios. No sabía si alegrarme o echarme a llorar, pero yo lo estaba pasando francamente mal y el día anterior ni comí lo más mínimo.

Subí el artículo que tenía ya preparado y empecé el siguiente, esto era lo bueno del trabajo, que me mantenía la mente ocupada.

Almudena llamó a mi puerta a media mañana y la vi entrar con un café y unos bollos.



—Traigo provisiones, jefa —dijo levantando la bolsa con aquellos dulces que tenían una pinta riquísima.

—Gracias, porque no tengo ganas ni para salir a por café.

—Ya lo he visto, a ver qué te crees que hago yo en estas oficinas, si no es cuidar de ti.

Me reí porque la verdad es que esa mujer sabía cómo conseguir que lo hiciera. Tomamos el café mientras charlábamos sobre algunos de los cotilleos del famoseo que estaban a la orden del día, y me dijo que le había llegado una información que, de ser cierta, podría hacer temblar a más de uno.

—Pero ya te contaré cuando me lo confirmen, hija que esto de trabajar en una revista y conocer a algunas personas viene de maravilla.

—Espero tus próximas noticias, entonces —le dije cuando salía de mi despacho.

La mañana se pasó un poco más rápida que la anterior, me encontraba un poquito decaída, pero al menos no tenía ese dolor de cabeza que creía que haría que me estallara.

Me marché para casa, comí una ensalada rápida y me acosté un rato. Sobra decir que eso de un rato resultó ser hasta bien entrada la tarde.

Me lo fui encontrando cada día de esa semana en la que yo cada vez estaba peor. Anímicamente estaba por los suelos, apenas comía y no dejaba de llorar, mi padre venía por las tardes a verme y me obligaba a tomar un vaso de leche con galletas o algún sándwich. Estaba al tanto de todo, hasta de mis sentimientos, esos que creía que eran los que me estaban matando y es que yo, yo me había enamorado de ese hombre.

Sí, tenía que ser sincera con lo que me había ocurrido pues a nadie podía mentir si negaba lo evidente. No es que me preguntaran, ni mucho menos, pero digo yo que la gente cuando conoce a una persona bien sabe lo que puede pasar por mucho que esta diga que está todo bien.

El viernes por la mañana estuve charlando un rato por teléfono con Nuria, quería que hiciéramos algo el fin de semana, pero ya le dije que no tenía ganas, deseaba estar sola en mi casa, ella lo entendió. Necesitaba mi espacio y encontrarme, ahora mismo no tenía ganas de escuchar nada ni a nadie, solo encontrarme con mis sentimientos y poner un poco en orden mi cabeza, que estaba más perdida que todas las cosas.

—¿Te marchas? —Escuché que preguntaba Iván cuando salía de mi despacho.

—Sí.

—Bien, que tengas buen fin de semana, Judith.

—Igualmente —contesté y le vi marcharse.

A la hora de la salida me puse a charlar un rato con Almudena, ella estaba también mal de verme así y no dejaba de decirme que tenía que sacarme todo eso de la cabeza o iba a caer enferma, tal cual, lo mismo que me decía mi padre cada tarde que venía a verme y es que tenían razón, pero, ¿cómo se lucha contra algo que se forma dentro de nuestro corazón y que se rompe en mil pedazos?

—Es que llevas toda la semana con una carita que me da pena verte, de verdad —me dijo haciendo un puchero.

—Bueno, ya se me pasará, de verdad.

—Sí, lo sé, pero hasta entonces, ¿tienes que ir por la vida como un alma en pena por culpa de ese hombre?

—Ya me pidió perdón, todo quedó aclarado y...

—Y tú estás enamorada de él, que lo sé yo, y no se te ocurra negarlo porque es así.

—¡Ay, Almudena! ¿Por qué la vida es tan difícil de llevar a veces?

—Porque si fuera más fácil sería aburridísima, ¿no crees?

—Visto así... casi preferiría aburrirme a tener que sufrir.

—Y yo ser rica a recepcionista, pero mira, me ha tocado la recepción de una revista de alto prestigio.

—Y bien buena que eres en lo tuyo —dije riendo por lo que me había soltado.

—Menos mal que hay amigas como tú para animarme. Anda, vete a casa y descansa, ¿vale, guapa?

—Igual tú, corazón.

Le di un abrazo y me despedí de ella hasta el lunes, me subí en mi coche y fui un rato a dar vueltas en él, mientras escuchaba a Amaia Montero, cuando era la cantante de “La oreja de Van Gogh”.

Tenía ganas de estar así un rato, escuchando música mientras conducía, dando vueltas sin rumbo y pensando, aunque doliera tenía que pensar. Aquello había sido tan fuerte, que algunas cosas no las podía comprender y, aunque perdoné a Iván, había jugado muy sucio y eso me había partido en dos.

Como se solía decir, cogí carretera y manta y me perdí con el coche mientras una tras otra, iba escuchando canciones de esas románticas que te llegan a lo más hondo del corazón, de esas con las que algunas piensas que fueron escritas para ti por lo que estás viviendo en ese momento.

Se me vino todo a la cabeza, desde el primer momento en que vi a Iván Vera, esperándome en la revista.

¿Cómo había pasado todo aquello de ser una noche de locura, pero maravillosa a habernos tratado a patadas?

Si me lo hubieran dicho esa primera vez que lo tuve delante, no lo habría creído.

Una hora después me fui hacia mi casa, me iba a poner el pijama y estar así hasta el lunes, de otra cosa no tenía ganas...

## Capítulo 11



No es que tuviera hambre, pero en cuanto entré en casa me preparé un sándwich rápido para tener algo en el estómago, porque Almudena tenía razón, acabaría por caer enferma y menuda gracia le iba a hacer eso a mi padre.

Me llegó un mensaje de Nuria, preguntando si me había pensado bien lo de quedarme todo el fin de semana en casa, vamos que no quería ella dejarme sola, así que la llamé.

—Dime que me vaya arreglando ya porque vienes a buscarme en una hora para empezar la fiesta —dijo nada más descolgar el teléfono y rompí a reír.

—No, no voy a ir a buscarte. Me quedo en casa que no tengo ganas de nada.

—Bueno, tenía que intentarlo, pero oye, que si quieres me preparo una bolsa con algo de ropa y me planto allí en tu casa y nos quedamos las dos el finde en modo “vaguitis deprimiditis”.

—No estoy deprimida —resoplé.

—Vale, no he dicho nada entonces, pero de lo ir y hacer el vago sigue siendo mi mejor oferta. Me paso por el supermercado y cargo con todo lo que pueda, ya sabes, chuches, chocolate, bollos, comida grasienta...

—Anda, anda, déjate de porquerías que eso luego se va al culete.

—Vale, pues dejamos las porquerías para otro día. ¿Paso algún día a desayunar? Lo digo para llevarte unos churritos con chocolate de esos que tanto te gustan.

—¡No! —reí a carcajadas porque me lo dijo canturreando, de verdad que no tenía remedio esa mujer, pero a mí me alegraba la vida, que no se hacía una idea.

—Desde luego, qué “saboría” me has salido, hija. Pues nada, te dejo que acabo el turno en nada y me voy para casa. A ver si me sale un plan mejor que quedarme allí mañana haciendo limpieza, porque no tengo ni pizca de ganas.

—Por un módico precio, me ofrezco a hacer esas tareas dos tardes en semana —solté con una sonrisa que ella no vio, obviamente.

—¡Hija de Satanás! ¡Será que cobras poco en la revista y te hace falta un sobresueldo! —gritó y hasta pude imaginar la cara que estaba poniendo en ese instante.

—Tengo que ir planificando mi vida en caso de que me despidan, ya sabes, hay un jefe con el que he tenido más que palabras y...

—Calla, calla. Que por ese jefe te quedas el fin de semana en tu casa. Bueno, te dejo ya que al final me paso de hora. Descansa, y cuídate ¿vale?

—Sí, tranquila. Y tú si sales, diviértete por las dos.

—Eso ni lo dudes, maja. Un beso, te quiero.

—Y yo.

Colgué con una sonrisa mientras negaba, y es que Nuria había llamado solo para mantenerme distraída, pues bien sabía ella que cuando yo decía que no iba a salir, es que no lo haría.

Entré en la habitación, me deshice del traje de chaqueta y pantalón con el que había ido ese día a la oficina y me preparé para empezar mi fin de semana de “vaguitis deprimiditis” como había dicho mi amiga, que sí, algo deprimidilla estaba, pero no mucho.

Le mandé un mensaje a mi padre avisándolo de que apagaba el móvil y que cualquier cosa me llamara al fijo o viniera si quería verme, así que desconectada completamente durante dos días y medio desde ese instante.

Eran las cuatro de la tarde cuando me había duchado, puesto el pijama y sonó el timbre de la puerta, imaginé que era mi padre, pero no, al abrir me encontré a la última persona que podía esperar.

—¿Iván? —pregunté incrédula.

—Sí, hola, perdona, espero no asustarte con esta visita inesperada, pero te estuve llamando al móvil y lo tienes apagado.

—Pasa —me aparté para que entrara, estaba en *shock*, no entendía nada— ¿Quieres un café?

—Vale, gracias —dijo mientras me seguía a la cocina—. Es muy bonito el piso.

—Lo estrené hace poco —sonreí con tristeza— ¿Qué te trae por aquí?

Preparé los cafés mientras esperaba que él dijera algo, y es que, por unos minutos, nos rodeó un silencio que empezó a preocuparme.

—No lo sé —contestó al fin cuando me giré para dejar su café en la mesa—, no te voy a mentir, pero no estoy bien, no estuvo acertado ni fue honesto lo que hice con el engaño del tema de los vídeos y sé que te he causado mucho daño, no lo estoy pasando bien tampoco, me duele haberte hecho eso y reconozco que cada día más. Puedo ver en tu mirada cada día en las oficinas lo triste que estás.

—Sí, tienes razón, se me pasará, me pilló un poco débil mentalmente o no sé, pero bueno, los dos nos metimos en un juego que acabó mal, de todas formas, intento no darle más vueltas.

—Pero no puedes dejar de hacerlo... —dijo mirándome con pesar.

—Ya.

—Ojalá pudiera dar marcha atrás, te lo prometo.

—Si yo pudiera dar marcha atrás no estaría ahora aquí —dije esbozando una sonrisa, la primera en los últimos días.

—Vaya, al menos te veo sonreír, pero eso sonó un poco...

—Sincero... —contesté rápidamente— Si pudiera dar marcha atrás no habría puesto ni el primer artículo con tal de que no aparecieras por mi despacho.

—Me siento una mierda.

—Tampoco quiero que te sientas así, nos equivocamos y no, no nos conocimos de la mejor manera, pero bueno, a lo hecho, pecho.

—Un error para el que el peaje es muy caro y por mi culpa, tú no la tienes, hiciste tu trabajo, aquella noche pasó eso porque los dos lo deseamos, al igual que lo del despacho, solo que yo la lie, con esa mentira, con esa forma de actuar.

—Bueno, ya pasó, es mejor que no sigamos hablando de ello, Iván.

—Tienes razón —se terminó el café—. Me preguntaba si te gustaría venir a tomar algo a un lugar que conozco y sé que te puede gustar mucho —lo miré con ganas de reír, de llorar, de matarlo, cogerlo por el cuello. ¿Qué quería ahora de mí?

—Sinceramente, me había hecho a la idea de quedarme el fin de semana así, en pijama, hace mucho frío en la calle.

—Bueno, cambio la estrategia. ¿Te apetece venir a mi apartamento a estar el fin de semana de pijama, pizzas y pelis? —apretó los dientes.



—Eso pinta mejor, pero, ¿crees que después de lo que pasó allí yo iría?

—No pasará nada que no quieras, te prometo que no te pondré un dedo encima, solo quiero que volvamos a intentar empezar de cero, que nos conozcamos como personas, fuera del juego, fuera del personaje mediático que soy, de tú a tú.

—No me pidas eso, por favor...

—Sí, necesito pedírtelo, necesito demostrarte que no soy ese monstruo que la cagó en su día, que no soy esa persona que se dedica a chantajear ni amenazar a nadie, y créeme que tú no te merecías eso, no me lo voy a perdonar jamás.

—No voy a ir, Iván —sonreí negando y se puso de pie con las manos a modo de súplica.

—Te juro que si vienes no te vas a arrepentir.

—¿Y si no voy?

—Te secuestro... —apretó los dientes frunciendo el rostro y causándome una carcajada.

—Estás loco —reí negando.

—Empecemos de nuevo, está en nuestras manos —imploró de nuevo con las suyas juntas.

—Para empezar de nuevo me vas a tener que llevar a tomar unas copas y volver a soltarme lo de que a las dos me esperas en la puerta.

—¡Trato hecho! —Extendió su mano para apretarla.

—Estaba bromeando —negué riendo.

—Dame la mano, por favor —me pidió con una mirada que no pude negarme.

—No es un sí —se la di y la apretó poniendo su otra mano encima.

—Sí lo es, empecemos de nuevo, no hace falta recrear nada, solo te pido que empecemos de nuevo.

—¿Y por qué debo aceptar?

—Porque no sé lo que es, pero sé que algo podemos sacar de esto, no somos como comenzó, somos aquello que sentimos y yo sé que tú mereces la pena, no te estoy pidiendo amor, ni que vengas a acostarte conmigo a repetir el polvo del siglo —me sacó una carcajada y sonrió arrancando un pellizquito de mi barriga—. Solo te pido que te vengas conmigo y que descubramos a la mejor versión de nosotros, ya hemos conocido la peor...

—¡Eh! Que yo no hice más que mi trabajo —reí mientras seguía sujetando mi mando.

—Tú me has entendido —volvió a sonreír—. Te lo pido por favor...

—Yo no entiendo nada, pero está bien. Dime, ¿qué te apetece hacer? —Arqueé la ceja.

—Prepara una bolsa y vente conmigo a pasar el fin de semana, te prometo que será el mejor de tu vida... —Eso me recordó al polvo, y lo fue, lo peor de todo es que sí, me quería ir con él— Prometo que no te arrepentirás.

—Está bien, espero no arrepentirme —reí negando.

—No lo harás, créeme que no.

—Coge lo que quieras de la nevera, voy a preparar las cosas —dije soltándome y yendo a la habitación.

¿En serio me estaba pasando esto a mí? ¿De verdad iba a volver a caer en la misma piedra y juego? ¿Me lo iba a creer? ¿En serio?

Estaba loca, de verdad, muy loca para aceptar irme de nuevo con ese hombre que puso mi vida en jaque durante unos días, estaba loca por irme con alguien que me había causado demasiada decepción, estaba loca, pero lo estaba porque lo deseaba con toda mi alma y porque quería irme desde el minuto uno que me lo dijo. Estaba loca porque no podía poner nombre a aquello que sentía cuando estaba con él, estaba loca, pero solo él podía calmar aquel dolor que sentía.

Una bolsa de deporte con unos pantalones, camisetas, jerséis, pijamas, ropa interior y lo necesario para mi aseo diario y estaba lista.

Me vestí de persona, como solía decirme Nuria alguna que otra vez, y volví a la cocina donde me esperaba Iván, con una sonrisa que por un momento pensé que querría verla cada día.

Sí, definitivamente, me había vuelto loca de remate, había perdido la cabeza por completo. No estaba bien, el poco juicio que tenía se acababa de esfumar.

¿Qué pensaría mi padre si supiera esto?

## Capítulo 12



Salimos por la puerta de mi casa riendo, yo negando y él, con esa mirada de sentirse feliz de haberlo conseguido.

Nos montamos en su coche y fuimos directos a su adosado, me daba mucho miedo descubrir luego que de nuevo todo esto fuese un juego. De todas formas, esta vez no iba a ser como la anterior y no iba a pasar todo aquello que ya vivimos.

Durante el camino, que hicimos en silencio, no pude evitar mirarlo de vez en cuando, pero disimuladamente, por el rabillo del ojo.

¿Cómo podía ser posible que al final accediera a venir con él? Tenía que haberme hipnotizado de alguna manera, porque si no...

Ni hipnotizada, ni narices, que esos dos océanos que tenía por ojos me hacían perder la cabeza. Sencillamente eso.

Entramos de nuevo al garaje en el que estaba la bodega y subimos a la parte baja de la casa, yo estaba de lo más nerviosa.

—Puedes ir a cambiarte al baño o a la habitación que desees y ponerte ese pijama que tanto te apetecía tener durante el fin de semana, quiero que te sientas como en casa.

—Bueno, pero si yo me pongo el pijama, tú también te lo pones —reí.

—No soy de ponerme pijamas, pero lo haré —me hizo un guiño.

—Vale, ahora vuelvo.

Como una cabra, había que estar para volver aquí, a su casa y pasar el fin de semana con él. Loca, pero de estar, vamos, de habitación acolchada si me apuraban. Ganas me estaban dando de buscar en Internet el centro más cercano para ir a internarme.

¿Cómo se me había ido tantísimo la cabeza?

Me puse otro pijama distinto al que llevaba cuando él apareció en mi casa, de todas formas, los míos parecían mallas con sudaderas finas, eran muy *casual* y juveniles.

Me miré en el espejo y negué sonriendo. ¿Cómo podía sacarme una sonrisa alguien que hacía unas horas me estaba matando en vida? Me puse las manos en la cara y solté el aire, aquello parecía surrealista, pero allí estaba yo, de nuevo en esa casa donde todo comenzó, y feliz por ello.

Salí y me fui hacia la cocina, él no tardó en aparecer con un pantalón de pijama tipo chándal y una camiseta, estaba guapísimo, pero, ¿con qué *look* no lo estaba? Por Dios, ese hombre podría salir en la portada de una de esas revistas de modelos y... Espera, que eso lo había visto yo ya. Sí, el señor Vera salió en la tirada más vendida el año anterior de una famosa revista donde se hablaba exclusivamente de los hombres más ricos, más guapos, más sexys y poderosos del mundo.

—¿Un vino, una copa, champán, Baileys...? —preguntó sin dejar de mirarme.

—Una de cada, por favor —bromeé.

—No, por favor —se rio, pero al ver que yo no lo hacía le cambió la cara— ¿En serio?

—No, no —volteé los ojos—. Lo que te sirvas tú.

—¿Una copa de vino? Luego pondré una sopa de marisco, así que, si tomamos vino blanco, iremos en línea con lo que cenaremos.

—Me parece perfecto —dije remangándome las mangas, dentro de la casa hacía calor.

—¿Me vas a pegar? —preguntó poniendo una cara que era mezcla de susto y sorpresa, pero de lo más cómica.

—¡No! —reí— Aquí hace calor.

—Te iba a decir que mejor que te pusieras una camiseta, pero no me atreví, no fuéras a pensar lo que no era.

—Tranquilo, ya luego si eso me cambio.

—Está bien —abrió la botella de vino y sirvió las dos copas.

Brindamos sin decir nada, con una sonrisa, era increíble que estar frente a él debilitaba mi manera de ser, me imponía mucho, me gustaba realmente ese hombre por mucho que quisiera negármelo a mí misma, pero es que no había manera de quitarlo de mi cabeza, de imaginar que todo hubiera sido diferente a como había sido. Si en vez de fingir que había grabado nuestros dos encuentros se hubiera limitado a venir y hablar conmigo, pedirme de buenas maneras que hiciera algo con esos artículos, tal vez nos hubiera ido de otra manera.

Nos sentamos en los taburetes, de lado, mirándonos el uno al otro.

—¿Qué has hecho conmigo? —preguntó con su media sonrisa arqueando la ceja.

—¿Yo? ¡Tendrás morro! —reí negando.

—Sí, tú, que no puedo sacarte ni un solo segundo de mi mente —me hizo un guiño con ese ladeo de sonrisa que me hacía caer rendida a sus pies, era como el gif del guiño de Henry Cavill, igual...

—No te creo, es más, no te quiero creer y más aún, no quiero ni escucharlo —le saqué la lengua.

—No me crees, ¿verdad?

—No —negué sonriendo, pero con seguridad.

—¿Has escuchado la canción de Luis Miguel, “Por debajo de la mesa”? —preguntó sin apartar de mí esos dos ojos que me hacían perderme en ellos.

—Claro, ¿quién no?

—*Es que no sabes lo que tú me haces sentir, si tú pudieras un minuto estar en mí...* —cantó en voz baja, acercándose a mí.

—Te la sabes toda —me eché a reír.

—Eso describe lo que siento por ti.

—Por mí y por cualquiera de tus conquistas.

—No eres una más.

—No, no soy una más, eso tenlo claro, pero...

—No digas nada —puso un dedo en mis labios.

—No diré nada, pero no lo hagas tú tampoco.

—¿Te da miedo escuchar mis sentimientos?

—No, pero me da miedo que vuelvas a jugar conmigo.

—No lo volvería a hacer jamás.

—¿Y quién me lo asegura? —pregunté ladeando la cabeza, sentía un nudo en el estómago y en la garganta, que me estaban haciendo hasta temblar.

—Yo... —murmuró acariciándome la mejilla.

—Por eso precisamente, no te creo —reí y di un trago a la copa.

—Me duele que sea así, no soy mala persona.

—No, pero sí jodido un rato —ya me estaba viniendo a mí la vena graciosa y es que él, era el culpable de mis estados de ánimo.

—¿Qué tengo que hacer para que te olvides del pasado y me des la oportunidad de ser lo que siento cuando estoy contigo?

—¿Y qué eres aparte de un capullo conmigo? —pregunté en respuesta con una sonrisa, una de esas que pondría cualquier niña curiosa.

—No, no se puede así —se echó a reír negando y clavando su preciosa mirada en la mía.

—Es broma, a ver, no tienes que mostrarme nada, simplemente sé tú, con lo bueno y lo malo, así se gana o se pierde a la gente, con la verdad, de frente y sin máscara.

—Me estás dejando por los suelos —volvió a reír.

—No, solo que no creo en las palabras, lo hago con los hechos, pero sí, comencemos de nuevo, nos acabamos de conocer y yo me presento. Soy Judith —sonreí tendiéndole la mano para que la estrechara a modo de saludo.

—Yo Iván —me hizo un guiño, se acercó a besarme la mejilla y en ese momento se me erizó la piel.



—Encantada —dije sonrojándome.

—A las dos te espero en mi habitación —carraspeó.

—A las dos y cuarto —solté con retintín riendo—. Esta vez no me pillas.

—¿Esta vez? —preguntó fingiendo sorpresa— ¿Nos hemos visto antes?

—¡Ah, no! Es verdad, tienes razón —arqueé la ceja y me tuve que echar a reír, es que era mirarlo y conseguir que esbozara una sonrisa.

—¿Sabes? —su tonó cambió— Si pudiera pedir un deseo, pediría que me abrazaras con el corazón, dejando de lado todo.

—Pídelo, quizás se te cumpla —le dije encogiéndome de hombros.

Iván me miró sin creer lo que acababa de decirle, cogió su copa, dio un trago mientras miraba hacia un punto de la pared y tras dejarla de nuevo en la mesa me miró sonriendo de medio lado.

Cerró los ojos unos segundos, volvió a abrirlos y me miró.

Estaba apoyada sobre el taburete, me despegué y me acerqué a él, nos fundimos en un precioso abrazo.

—Te prometo que obviaré lo ocurrido, pero tú prométeme que no me tratarás jamás como una más.

—Te lo prometo por mi familia, esa que es sagrada para mí.

—Confiaré en ti.

Y lo iba a hacer, no significaba que me iba a tirar a sus brazos, pero sí que hubiera la posibilidad de un punto de comienzo de nuevo.

—¿Qué te apetece hacer? Aún es pronto para preparar la cena —dijo sin soltarme, con sus manos en mis caderas, mientras me acariciaba despacio con ambos pulgares.

—Pues... no sé.

—Vale, a ver. Tenemos pelis y series para ver la que quieras, hay palomitas, algunas chuches y también helado.

—¿Helado en pleno invierno?

—El helado de tarrina es bueno en cualquier época, mujer. Verás, te voy a preparar una copa que te vas a chupar los dedos. Ve eligiendo qué quieres ver —se levantó del taburete y me dejó un breve beso en la frente.

Joder, si hasta ese simple contacto me había hecho sentir las jodidas mariposas en el estómago.

Enamorada, así estaba yo, pero como diría Beyoncé en su canción, yo estaba locamente enamorada.

Me senté en el sofá, encendí la televisión y busqué en la plataforma que él tenía, qué película podríamos ver.

Cerré los ojos cuando me llegó la melodía de una canción que, como bien le había dicho minutos antes, conocía como cualquier otra persona del mundo.

Sentí una lágrima deslizándose por mi mejilla, me abracé a mí misma al notar un escalofrío y me quedé ahí escuchando cada una de las frases de esa canción.

*«Sin saber qué es lo que hago. Si contengo mis instintos o jamás te dejo ir»*

Si era cierto que Iván sentía eso por mí, que lo había dicho de verdad, estaba perdida puesto que yo...

Yo sentía exactamente lo mismo.

La canción acabó, me sequé las lágrimas y seguí buscando entre las películas alguna que ver.

Él llegó con dos copas de helado que nada tenían que envidiar a las de una heladería.

—Espero que lo disfrutes —dijo entregándome la mía.

Dos bolas de helado de chocolate, nata montada, fresas y sirope de chocolate con un par de barquillos.

—¡Qué buena pinta tiene!

—Gracias.

Se sentó a mi lado, cogió el mando y puso la película que yo había seleccionado. Aquella me pareció la mejor tarde de viernes que había pasado en mucho tiempo.

## Capítulo 13



Se puso a preparar la sopa de marisco y yo a su lado lo observaba mientras charlábamos copa de vino en mano.

De fondo bachata, me hizo mucha gracia verlo mover el cuerpo de esa forma tan sensual mientras movía la comida, se notaba que debía bailar muy bien, bueno, es que cualquier cosa que hiciera a estas alturas a mí me hacía babear. ¿Dónde estaba la chica que siempre tenía el control de todo?

Mi padre me mandó un mensaje diciendo que estaba en la puerta de mi casa, madre mía qué embrollo, le dije que estaba en casa de una amiga y gracias a Dios, no me preguntó más, no tenía ganas de dar explicaciones.

Me quedé impresionada con la presentación de la cena, era un tipo con gusto y mimaba esos detalles, además de atento, simpático y un poco...

Bueno no, el pasado se iba a quedar atrás, quería darle esa oportunidad y dejar de lado todo eso que tanto daño me hizo, aunque costaba olvidarlo, pero lo que me hacía sentir prevalecía, ante todo.

Estuvimos cenando mientras charlábamos, reíamos y es que tenía un humor buenísimo, además, a veces me hablaba y no sabía si era ironía o no. Al final terminaba riendo cuando me daba cuenta de que estaba bromeando, quedándose conmigo.

Comenzó a hablarme un poco de su vida, de cómo comenzó con los negocios y es que lo hizo desde muy temprana edad, tenía un don para ello y lo había sabido explotar muy bien.

Tras la cena nos sentamos en el sofá a charlar tomando una crema de café, estaba riquísima pero

no veas como subía.

Iván jugueteaba con mis dedos mientras miraba hacia ellos contándome un montón de cosas, me gustaba como se estaba abriendo en canal conmigo ese día.

Estuvimos así hasta las dos de la mañana que cogió me levantó en brazos sin esperarlo y me llevó a su habitación.

—¡Me niego a dormir contigo! —grité en sus brazos.

—Claro que vas a dormir conmigo y además voy a ser hasta bueno —carraspeó riendo.

—Más te vale porque me lio a dar patadas y no respondo.

Me recostó sobre la cama y me tapó, luego se metió él y mirándome con esa sonrisita me echó sobre su hombro, me abrazó y apagó la luz.

Y ahí era donde mejor me sentía, entre sus brazos. Sabía que todo esto podía ser una locura, pero yo quería vivirla...

Por la mañana noté que lo seguía teniendo muy cerca y tan cerca, que cuando abrí los ojos lo tenía mirándome pegado a mí con la mano en mi cintura.

—Buenos días, señorita Judith.

—Buenos días, jefe —sonreí.

—Dame una razón para que no te plante ahora mismo un beso —me tenía pegada a él.

—Ni se te ocurra —ni me hizo caso, me dio un precioso beso de pico y sonrió.

—Perdón, no pude resistirme.

—Dame otro —murmuré sonriendo.

Y me lo dio con una ternura y una media sonrisa tan bonita, que fue el mejor comienzo de ese día. Estuvimos entre besos y abrazos un buen rato.

—Me vas a rogar que te haga el amor —acariciaba mi pelo.

—¿Qué dices? —me eché a reír.

—Ya lo verás, pero yo, solo me dedicaré a mimarte, ganarte y cuidarte.

—¡Ay, mi madre! No puedo contigo —me eché a reír.

—¿Desayunamos? —Me abrazaba de tal manera, que no quería salir de esa cama.

—Desayúname...

—No, no, que no soy uno más —imitó aquella frase que yo le había dicho varias veces.

Me tiré encima de él y me puse entre sus piernas mientras lo miraba sonriendo y él ponía cara de asustado en plan de broma, me encantaba.

—¿Qué te pasa? —pregunté dándole besos.

—Qué no quiero pecar —levantó las manos a cada lado de mí.

—Abrázame fuerte, anda —le mordisqueé el labio y eso que era yo la que quería que nada pasara, pero nada, que no podía resistirme.

—Te abrazo, pero no pasará nada, te he dicho que te demostraré que no eres una más.

—¿Y me vas a dejar con este calentón? —Me moví un poco sobre su miembro.

—Tengo el vibrador, si quieres te lo doy y ya sabes... —Hizo un arqueado de ceja y carraspeó.

—No, no, si quieres lo usas tú conmigo.

—Dios me libre, que luego desconfías de mí.

—Tú te lo buscaste.

—Bueno, pues ahora voy a recuperar mi reputación —mordisqueó mi labio.

Me abrazó y me levantó de la cama entre mis risas.

—¡Quiero sexo!

—Vamos a desayunar.

—¡Quiero sexo!

—Mientras desayunas te doy el vibrador.

—Quiero tu miembro —reía en sus brazos.

—No, que luego dices que eres una más.

—¿Y me vas a tener todo el fin de semana sin hacer nada?

—Puedes limpiar, cocinar, ver la tele —arqueaba la ceja aguantando la risa.

Me sentó sobre la mesa de la cocina y se puso a preparar el desayuno.

—No voy a limpiar ni muerta, menos ver la tele, quiero un poco de sexo —bromeé sin dejar de buscarle la lengua.

—Pues ya sabes, ponte manos a la obra —me miró arqueando la ceja.

—¿Para eso me sacas de mi casa?

—Para que estés conmigo. ¿Te parece poco?

—Poquísimo —reí.

Y así me tuvo todo el fin de semana, mimándome, cuidándome, entre abrazos, risas, besos, pero no, no consintió ponerme ni un dedo encima y yo, me alegré un montón de saber que, si hubiese sido una más, me habría tenido todo el tiempo en pelotas y a su merced.

El domingo por la noche me dejó en mi casa, me acompañó hasta arriba e hice unos sándwiches que le encantaron, me salieron buenísimos.

Se marchó diciendo que me invitaría a un café en las oficinas por la mañana, además de darme un precioso beso con el que me quedé con esa sonrisa tonta que me duró hasta que me acosté y es que no sabía que me había pasado, pero ese hombre llegó para poner mi vida patas arriba y vaya si lo consiguió.



## Capítulo 14



Llegué a las oficinas deseando encontrarme con Iván, la sorpresa fue mayúscula al entrar en mi despacho y ver una rosa sobre la mesa con una nota.

*«Me vas a amar tanto, que no desearás que el sol salga sin mí»*

¡Toma ya! Eso era una buena entrada a la oficina y lo demás eran tonterías.

Ni cinco minutos después apareció con dos cafés que puso encima de la mesa, ni que decir que luego me dio un precioso y apasionante beso.

—A la salida te espero para irnos a comer.

—Vale —sonreí por no ponerme a saltar y tocar las palmas.

Un rato después apareció Almudena, no se creía que hubiera pasado el fin de semana con Iván sin hacer nada, pero así fue, mira si fue así, que estaba que me subía por las paredes.

La mañana me la pasé leyendo esa nota, mirando la rosa y pensando que en cualquier momento con la suerte que yo tenía, se volvía a liar la cosa, pero rezaba porque no fuera así, aunque claro, no sabía si tendría el karma de mi lado o no.

A la hora de la salida vino Iván a por mí y nos fuimos en su coche a un restaurante muy bonito a las afueras de la ciudad, estaba de lo más cariñoso y atento conmigo, me tenía flotando en una nube de algodón y yo estaba que no cabía en mí de felicidad.

Después de comer me llevó a mi casa a coger ropa, quería que pasara la noche con él, además mi coche estaba en las oficinas.

Mi padre me llamó para vernos y le dije de quedar al día siguiente, me preguntó si estaba con él, le dije que sí, y sonrió tras el teléfono, en el fondo respetaba todas mis decisiones y me apoyaba en todas, luego si salía mal me echaba el cable. Era un gran apoyo, para lo bueno y lo malo, él decía siempre que, si me tenía que equivocar que lo hiciera, pero que no me quedara con las ganas de nada.

Esa noche tampoco lo hicimos, nos fuimos a la cama entre abrazos y besos, pero nada, no había forma de que Iván traspasara esa línea, se había empeinado en demostrarme que no era una más.

A la mañana siguiente me preparó el desayuno y luego nos fuimos a trabajar, ese día me fui a comer con mi padre, por la tarde volví a casa y un rato después apareció Iván por sorpresa con sushi para cenar, además de una bolsa para quedarse conmigo a dormir.

Aquello era un enganche por ambos lados, era de esos que no puedes estar ni un segundo sin la otra persona y todo lo que deseas es compartir cada instante junto a él.

El miércoles nos fuimos a trabajar en su coche, me hizo llevar una maleta para cuando saliera irnos a su casa, así que eché ropa pues ya vivía improvisando cada día.

Esa mañana mientras trabajaba me llegó un mensaje de él, que estaba en su despacho.

*Iván: ¿Te vienes conmigo a cualquier parte del mundo a pasar el fin de semana?*

Me sacó una sonrisa, por supuesto que me iba con él a donde fuera, es más, de ser por mí, no me despegaba más de su lado y es que aquello lo estaba viviendo con mucha intensidad.

*Judith: Claro que sí, pero con una condición.*

*Iván: Dime...*

*Judith: ¡Quiero sexo!*

*Iván: Dependerá de ti.*

*Judith: Pero si te lo llevo pidiendo a gritos todos los días, ¡jajaja!*

*Iván: No he dicho que dependa de eso, digo que dependerá de cuando estemos allí, y la respuesta la tendrás tú. Por cierto, luego recogemos comida y la llevamos para mi casa.*

*Judith: Claro y mañana por la mañana me llevas a empadronarme allí.*

*Iván: Mejor el lunes...*

Me moría con él, de verdad que me tenía suspirando y con el corazón a mil. ¿A dónde me llevaría el fin de semana? ¿De qué dependería, que por fin lo volviéramos a hacer? Y bueno, lo de la broma de empadronarme en su casa me había encantado su respuesta.

Ese día lo pasamos en su casa y al siguiente en la mía para coger cosas para el fin de semana, que no tenía ni idea a donde íbamos, pero me daba igual. Fuera donde fuese, con estar a su lado ya era feliz.

El viernes por la mañana estaba en la oficina de los nervios porque llegara la hora de la salida, para colmo varios medios habían publicado una foto de Iván conmigo. Nos habían pillado en un restaurante y hablaban sobre la periodista que contó su escarceo y que seguía teniendo una relación con el afamado empresario.

Yo me quería morir, eso sí que me daba palo estar al pie de la noticia como personaje y no como periodista, aunque yo me lo había buscado con aquel artículo que hice, pero bueno, a lo hecho pecho. Ahora solo quería vivir ese momento tan dulce que estaba disfrutando al lado de Iván y que todo lo demás fluyese como debía.

Mi padre leyó los titulares y me llamó riendo, le conté que me iba el fin de semana con él y que no sabía a dónde. Me hizo gracia porque me dijo que pusiera el geo localizador con su móvil, para

cualquier cosa ir a mi rescate. Me lo comía, más arte no podía tener ese hombre que era mi vida.

La mañana era más larga que un día sin pan, dicho así claramente, no veía la hora de irme con Iván y poder estar con él ese fin de semana sin irrupción por nada laboral, así que los minutos no pasaban y mi pellizco en el estómago tampoco.

Almudena apareció varias veces por mi despacho, al igual que Sebas, que se había vuelto de lo más cotilla en el tema de Iván conmigo, así que ahí los tenía a los dos poniéndome más nerviosa si cabía.

## Capítulo 15



Iván me recogió del despacho y nos fuimos en su coche dirección a, ni idea, pero me daba igual, yo iba feliz a su lado mientras él conducía con una mano y llevaba la otra apoyada sobre mi pierna.

Iba en dirección a la sierra y fui dándome cuenta de que allí es donde pasaríamos el fin de semana y no me equivoqué. Llegamos a una casita de madera con unas vistas preciosas, eso sí, el frío era aterrador, pero dentro con la chimenea se estaba de vicio, además Iván se había encargado de llevar toda la comida para el fin de semana, se veía que esta mañana se había escaqueado de las oficinas sin yo haberme dado cuenta.

Preparamos la mesa mientras calentábamos un pollo asado que había comprado hecho, además fue friendo unas patatas para acompañarlo mientras nos tomábamos un vino entre besos y miradas de lo más cómplices.

—¿Has hecho alguna vez una locura porque tu cuerpo te lo pide a sabiendas que es algo arriesgado?

—Pues irme contigo aquella noche, por ejemplo —reí.

—No, mucho más loco.

—Pues no sé, creo que no —lo miré sin entender a dónde quería llegar.

—¿Qué sientes por mí?

—No lo sé, pero me da cosquilleo en la barriga, solo quiero estar contigo y siento algo que no sé cómo llamar, pero es fuerte —me sinceré.

—¿Cómo de fuerte?

—Muy fuerte —volteé los ojos riendo.

—¿Y si te pidiera que te casaras conmigo? —En ese momento escupí todo el vino sobre la mesa, no veas la que había liado.

—¿A qué viene eso? —reí.

—Bueno —miró negando a la mesa toda con la escupida de mi trago—. Dices que no eres una más y es que jamás nadie me hizo sentir lo que soy cuando estoy contigo, me he enamorado, no puede ser otra cosa y había pensado en... —Metió su mano en el bolsillo del pantalón y sacó una cajita.

—Iván... —Me puse las manos en la boca viendo cómo la abría y aparecía una preciosa sortija de compromiso.

—El no ser como los demás implica el no tener que hacer las pautas que normalmente se viven antes de casarse, tales como duración de noviazgo, tales como pedida de compromiso y no, para mí no eres una más, ni como nadie que haya conocido. Así que, por mi parte estoy seguro de que quiero cometer esta locura sin pasar por un noviazgo, un compromiso y esa serie de cosas que son lo normal. Me preguntaba si serías capaz de demostrarme que tampoco soy uno más y que estás dispuesta a coger mi mano y lanzarte conmigo a la mayor locura de nuestras vidas, no por serla tiene que salir mal y yo estoy seguro de que tú eres todo lo que he buscado y deseado en mi vida.

—A la mierda lo normal —me levanté y fui a su regazo, donde me senté y lo besé con todo el amor del mundo—. Claro que quiero cometer esa locura, ni que fuera una sentencia a pena de muerte —sonreí besándolo—. Me caso cuando quieras.

Me puso el anillo y nos besamos un buen rato, a la mierda la comida y a la mierda todo. ¿Por qué

iba a tener que renunciar a algo que sentía y que sabía que me iba a hacer feliz? Como decía mi padre, si me equivocaba lo haría yo, pero no me iba a quedar con las ganas de intentar nada y menos con él, ese que un día llegó y me hizo tambalear todos los cimientos de mis sentimientos.

Y sí, por fin lo hicimos ese fin de semana una y mil veces que pasamos delante de esa chimenea mientras tomábamos un café o una copa. Y sí, me sentía la mujer más especial del mundo entre sus brazos y confiaba en que todo iba a salir bien y es que como él me dijo, era el resultado de lo que sentía cuando estaba conmigo y yo sentía que era feliz, que no se le borraba la sonrisa de la cara en ningún momento y que siempre quería ese beso y ese abrazo que me daba constantemente.

¿Una locura? Claro que sí, pero tanto mi padre como su familia nos apoyaron a que en verano hiciéramos eso, llevar nuestra locura hasta el final, pues la vida no se trata del tiempo que permanecemos con alguien antes de una boda. Miles de matrimonios duraron en su noviazgo una década y casados no lo hicieron ni unos meses, así que si había que empezar la casa por el tejado se empezaría y es que el amor no viene en forma de tiempo, lo hace en sentimientos, esos que sentíamos el uno hacia el otro.

Los siguientes meses no nos separamos ni un solo día, o en su casa o en la mía, pero siempre juntos preparando el día más importante de nuestras vidas, ese que él decía que, aunque era la segunda vez que pasaba por el altar, no tenía nada que ver, esta lo estaba viviendo con mucha más emoción y sentimientos, pues no dejaba de decirme cada día que el verdadero concepto de la palabra amor lo conoció conmigo.

La noticia de nuestro cercano enlace se dio en todos los medios, corrió como la pólvora y no dejaron de seguirnos día tras día, pero bueno, algún precio tenía que pagar por ser la prometida del hombre más codiciado en la prensa rosa.

Mi padre me acompañó en toda esa locura, me regaló el vestido, todos los complementos, me arropaba en esos nervios que cualquier novia pasaba a unos días de su boda y se preocupó de que no me faltara ni el más mínimo detalle, hizo el papel de padre y madre en todo su esplendor.

Iván cada día me demostraba que yo era su primera opción para todo y es que se desvivía en atenciones y en conseguir que siempre tuviera una sonrisa en la cara, es más, hacía todo lo necesario para que sintiera que en su corazón y mente no había nadie más que yo....

Y sí, estaba loca, pero loca de amor por un hombre que me estaba demostrando que no era aquello que se hablaba de su vida, lo único que pasaba como él decía, es que no le había llegado el verdadero amor, ese que ahora tenía conmigo.



## Capítulo 16



Agosto, y no un agosto cualquiera, al menos para mí.

Hoy era el día, ese en el que me convertiría en la esposa de Iván Vera.

No, no me había vuelto loca, bueno tal vez un poco sí, porque después de aquel comienzo entre nosotros, decir que me iba a casar con él, era prueba suficiente para mostrar que estaba loca, pero es que todo cambió entre nosotros desde esa tarde fría de viernes en la que él se presentó en mi puerta con la propuesta de pasar el fin de semana, juntos, en su casa.

Y ahora, meses después y tras una pedida de mano que nunca olvidaría, estaba a punto de casarme con aquel hombre que llegó a mi vida por un artículo que yo publiqué sobre él.

Dado que él era un personaje público y que había estado muchas veces, tal vez demasiadas, en el candelero del famoseo, nuestra boda, discreta, lo que se dice discreta, no iba a ser.

Desde que se hiciera público que el inversionista Iván Vera iba a casarse con esa periodista que una vez publicó un artículo en su revista diciendo que se habían acostado, revistas de medio mundo se hicieron eco de tan tremenda noticia, y es que su divorcio con la ex modelo era bastante reciente, por así decirlo.

Mi cara había salido en más portadas que la de la novia del príncipe de cualquier parte del mundo. Vamos, que me conocían bien ya en mi ciudad natal, en el pueblo de los padres de mi amiga Nuria y en el rincón más perdido de América.

Eso era lo que tenía casarse con un hombre al que le conocían por sus negocios e inversiones.

Que no me había librado de que se enteraran de mi boda ni las vecinas cotillas de la madre de Nuria.

Estaba yo en boca de todas esas mujeres que ni conocía, pero que Nuria me decía que me adoraban, y que si el, ojazos ese (así le habían apodado las amables lugareñas), me hacía daño otra vez, se las tendría que ver con ellas.

Ahí es nada, ya tenía mis propias fans, como si de una artista de la copla se tratara. Alucinante, ¿a que sí?

En mi revista exigieron la exclusiva, cómo no iban a hacerlo si eso les generaría unos beneficios increíbles, si ya de por sí con la exclusiva que dimos sobre el compromiso esa tirada se agotó en las primeras horas de venta en su versión en físico, y tuvimos miles de visitas en la Web, como para querer perder la de mi boda. Vamos, borracho tendría que estar Duncan, para no ser él con su revista quien la tuviera.

Y, ¿quién cubriría la noticia de mi gran día? Redoble de tambores, por favor... ¡Sebas y Almudena! Muerta me quedé cuando los vi a los dos aparecer por mi despacho diciéndome que serían los encargados. Bueno, a ver, que yo me ofrecí a redactar el artículo porque Almudena era una magnífica recepcionista, pero no quería meter la pata escribiéndolo ella, así que por mi parte sin problemas.

A Sebas no iba a decirle que yo hacía las fotos porque eso no se me daba demasiado bien, capaz de dejar a más de uno sin cabeza, y poner selfis en una revista como que muy bien igual no quedaba, aunque, ¿de quién era la boda? Mía, ¿verdad? Pues más de un selfi iba a meter yo en ese artículo.

En escoger el vestido tardé un poquito, la verdad, porque al casarnos en verano quería que fuera lo más ligero y fresco posible, pues no quería estar toda la ceremonia sudando como si fuera el entrenador de un equipo de fútbol, que eso de ir con las axilas mojaditas... no molaba.

Al final me decanté por uno de corte entallado hasta el muslo, de modo que la falda quedaba suelta.

En color blanco, con escote en V, espalda al aire y tirantes finos con una discreta cola. Todo el borde del escote y la espalda, que iban unidos a los tirantes, estaba adornado en pedrería y cristal.

Fue verlo, y saber que tenía que llevar ese vestido el día de mi boda.

La peluquera había estado trabajando en el peinado sin dejarme ver nada en absoluto, Almudena me dijo que yo me dejara hacer que la profesional era ella y seguro que quedaría encantada.

Vamos, que eso que suelen hacer las novias, la sesión de prueba de maquillaje y peluquería, yo no las tuve. Iba a la aventura, que me hicieran lo que quisieran, total, sabía que el novio no me iba a dejar escapar, aunque me viera feúcha, así que...

Ahí estuvo la peluquera haciéndome una trenza que quedaba al lado izquierdo, para después coger el resto del pelo y hacer un moño.

Cuando pude verme, me encantó el resultado. Porque sí, la trenza estaba y el moño bajo también, pero la trenza rodeaba el moño y quedaba precioso.

En cuanto al maquillaje, tonos tierra y los labios rojos.

—Estás preciosa, jefa —me dijo Sebas, haciéndome una foto ahí sentada, en el tocador, que quedó preciosa porque yo estaba mirándome al espejo sin prestar atención a la cámara.

Si tenía algo bueno esta sesión de fotos, es que me hacía la gran mayoría pillándome desprevenida, por lo que quedaban muy naturales.

—Porque te vas a casar ya, que si no ese hombre te pedía matrimonio otra vez —comentó Almudena.

—Y yo le diría que sí de nuevo.

—Eso es amor, y lo demás cuentos chinos —dijo Sebas—. Almudena, apunta en notas lo que acabáis de decir que en el artículo va a quedar perfecto, en letras grandes.

—Apuntando, socio —contestó ella, libreta y boli en mano.

Vaya par de dos, si es que me los imaginaba juntos en alguna boda que tuviera que cubrir la revista, y eso sería un *show* digno de ver, pues como ahora, vamos.

—¿Se puede? —preguntó Duncan.

—Adelante.

—¡Vaya! Estás realmente preciosa, Judith.

—Gracias, jefe. Tú vas muy elegante.

—¿Cómo se están portando Pili y Mili contigo? —preguntó señalando con un movimiento de cabeza a Sebas y Almudena.

—¡Jefe! —protestó ella— Si somos de lo más profesionales, por favor... Esta señorita, futura señora, no tiene queja alguna de nosotros, ¿verdad que no?

—Por supuesto que no, se están portando de maravilla.

—Lo que tengo que escuchar, y soy mayor que vosotras dos. De verdad, la paciencia que tengo por aguantaros.

—Sebas, no te quejes que no te has visto tú cubriendo una boda tan tranquilo y relajado en tu vida —le dijo Duncan.

—Pues también es verdad. Venga, una copita para brindar por la novia.

—¡Sebas! —reí, porque a guasón no le ganaba nadie.

—Toc, toc. ¿Cómo va por aquí la novia? —Nuria entró y vi que traía mi ramo.

Era precioso, lo había escogido con las flores preferidas de mi madre, los lirios, para tenerla de algún modo conmigo. Aunque sabía que estaba, siempre estaba en mi mente en los momentos importantes de mi vida. Y este era, sin ningún tipo de duda, el más importante.

—Bueno, vamos a ir saliendo que la novia necesita unos minutos de calma —Duncan se llevó a todos fuera, me guiñó el ojo desde la puerta y cerró dejándome sola.

Lo iba a hacer, definitivamente lo iba a hacer. Estaba a punto de casarme, dar ese paso tan importante como es unirte a otra persona para el resto de vuestras vidas.

Respiré hondo, cogí la botella de agua que me había traído Almudena y di un trago, estaba nerviosa.

—¿Dónde está la novia más guapa del mundo? —Me giré al escuchar a mi padre.

Cuando me vio, se le dibujó una sonrisa en el rostro que me contagió a mí, pero el brillo en los ojos le delató, estaba a punto de llorar.

—No quiero lágrimas que, si lloro yo, se me estropea el maquillaje —le advertí señalándolo con el dedo.

—Es que te veo, y veo a tu madre el día que nos casamos.

—Papá... —Fui hacia él y nos abrazamos— Yo también querría que estuviera aquí, siempre me ha hecho falta.

—Lo sé, hija. Lamento que no tuvieras una figura materna en los momentos que más la necesitaste, pero nunca podría haber amado a otra mujer como amé a tu madre.

—No te preocupes, que lo hiciste muy bien, papá. Has estado siempre, y sé que lo seguirás estando.

—Por supuesto, no te quepa la menor duda. Y, ahora, si estás lista, tu futuro marido está esperando.

Respiré hondo, me miré por última vez al espejo y sí, como había dicho mi padre, era como ver a mi madre el día que se casaron.

—Vamos allá —dije cogiéndolo del brazo que me ofrecía.

Nos casábamos en los jardines de uno de los hoteles más lujosos de la ciudad, donde tendría lugar también el convite y pasaríamos nuestra primera noche de bodas.

Salimos de la salita que habían dejado habilitada para que me preparara y ahí estaba Sebas, inmortalizando el momento. Sonreí y él me dedicó un guiño.

—Espero que estés lista, porque hay más cámaras de fotos ahí fuera, que en la rueda de prensa de un famoso —me dijo Sebas.

—¿Tantas hay?

—Sí, hija, y de televisión también —contestó Almudena.

—¿Qué? No, no puede ser. ¿La televisión también?

—Te recuerdo que no te casas con Agustín, el panadero de tu barrio, guapa, que tu futuro marido sale en la prensa de medio mundo.

—¡Ay, Dios! —Me llevé la mano a la frente y me paré en seco.

Vale, sabía que tendríamos periodistas cubriendo la ceremonia del enlace, contestaríamos a unas breves preguntas, algunas fotos y ya, pero... ¿La televisión? No, no estaba preparada para eso.

—Hija, respira hondo y cálmate —me pidió mi padre.

Lo miré y empezó a respirar y soltar el aire conmigo, vaya paciencia tenía el pobre, de verdad.

—¿Mejor? —preguntó después de unos minutos, y yo asentí.

Por el rabillo del ojo vi que se acercaba una de las camareras del hotel que serviría el cóctel tras el enlace, Almudena fue a ver qué quería y soltó una carcajada antes de decirle que se marchara y volver con nosotros.

—Judith, o sales ya y te casas, o el señor Vera viene, te carga como un fardo de paja, y te lleva de luna de miel sin que digas “sí, quiero”.

—No será capaz... —dijo mi padre.

—¡Anda que no! —contestó ella— Si ya le está diciendo al oficiante que vaya rellenando el acta porque si no apareces en dos minutos, y te queda ya minutos y... seis segundos, os vais y dejáis aquí a la prensa y los invitados.

—Vamos, que veo a ese hombre muy capaz de cumplir con su palabra —dijo mi padre haciéndome andar de nuevo.

En cuanto nos vieron aparecer, empezó a sonar la música, los flashes de las cámaras no paraban de salir a nuestro paso y, cuando llegué junto a Iván, le vi soltar el aire, sonreír y cogerme la mano para empezar con el enlace.

El oficiante nos casó, entre flashes, vítores, aplausos y los gritos de “vivan los novios”.

En cuanto acabamos, atendimos a la prensa pues tenían que marcharse ya que no cubrían el resto del día, eso era exclusivamente para nuestra revista.

Nos pidieron que nos besáramos para una foto, que posáramos abrazos, y nos salía todo tan natural que quedaron encantados.

Incluso brindamos en varias ocasiones para que nos hicieran una foto así que saldría en el artículo al día siguiente.

Comimos, bebimos, reímos y disfrutamos de aquel día con nuestros familiares y amigos. Hasta que abrimos el baile y fue con esa canción en concreto, esa que, el que ya era mi marido, me dijo que describía lo que sentía por mí.

Bailamos abrazados, cerré los ojos y me dejé llevar por la música y por él, que me mecía lentamente.

—Te quiero, Judith, no sabes cuánto —susurró en mi oído.

—Yo también te quiero, Iván.

Nos miramos a los ojos y antes de que acabara la canción, sellamos ese amor que sería eterno con un nuevo beso y con los aplausos de todos cuantos nos rodeaban en ese momento.



## Epílogo



—¡Vacaciones! —gritó Almudena entrando en mi despacho.

—Sí, ya era hora.

—Y aniversario de bodas —cuando la vi levantando las cejas de ese modo tan gracioso, solté una carcajada.

Cierto, en unos días sería mi aniversario de bodas, seis años desde aquel día de agosto en el que dije sí al hombre al que amaba, y aún a día de hoy, amo con todas mis fuerzas.

—Bueno, yo sé de otra que también tiene algo que celebrar —contesté.

—Efectivamente, el cumpleaños de mi hija al que vais a venir esta tarde tu maridito y tú, con uno de mis futuros yernos.

Almudena encontró al hombre que la amaría el resto de su vida durante una de las cenas anuales que hacía nuestra revista.

No se trataba de un nuevo empleado, ni de un socio que decidió comprar parte de la empresa, no, nada de eso.

Duncan, nuestro jefe, se acercó a ella en un momento de aquella noche y la sacó a bailar.

Menuda manera de moverse la del jefe, que nos dejó a todos a cuadros cuando le vimos mover las caderas con esa bachata, vamos que nos hicieron la competencia a Sebas y a mí, que siempre

habíamos sido los reyes de la pista.

Duncan, que llevaba divorciado unos cuantos añitos, se había fijado en la recepcionista y había empezado a tontear con ella en las oficinas, yo ya le había dicho que aquello me daba a mí que iría a más, pero ella insistía en que no, hasta aquella cena.

Un baile llevó a otro, y así hasta que lo vi besarla y me faltó un suspiro para ponerme a dar saltitos y hacer el baile de la victoria.

Ocho meses después estaban casados y su niña en camino. Esa chiquilla se adelantó a la boda.

—Madre mía, no sabes cuánto habría deseado que fueran dos niñas, porque os estáis rifando entre Nuria y tú a mis hijos de una manera...

—Mujer, con quién iban a estar mejor nuestras princesas, que con esos dos niños tan guapos que Dios te ha dado —se sentó en la silla y empezamos a tomarnos los cafés que había traído.

Sí, tenía dos hijos con Iván, dos preciosos mellizos que tardaron en llegar porque yo no conseguía quedarme embarazada.

Ambos, de mutuo acuerdo, decidimos formar familia pronto, por lo que a los seis meses de casarnos empezamos a llamar a la cigüeña, pero cuando medio año después vimos que no llegaba, supe que algo pasaba.

Fuimos a ver a un especialista en fertilidad, nos hicieron las pruebas y el problema lo tenía yo, ya que, por la forma de mi útero, la implantación de un óvulo fecundado era bastante difícil.

Así que ni lo pensamos cuando nos dio la posibilidad de hacerlo in vitro.

Hormonas, pastillas, controlar la ovulación, tratamiento y más tratamiento; una primera implantación de tres óvulos fecundados fallida, y, seis meses después, como regalo de nuestro primer aniversario de bodas, nos dieron la noticia de que estábamos embarazados, y venían dos.

Iván y Alonso nacieron ocho meses después, y mis mellizos eran lo más bonito que podría haberme dado la vida.

A sus cuatro años ya los veía mucho más parecido a su padre, lo que significaba que el día de mañana esos dos iban a ser portada de más de una revista del corazón, que me lo veía yo venir.

—Bueno, ¿dónde nos vamos a ir de vacaciones, socia? —preguntó.

Socia, sí, porque desde que me casé con Iván pasé a formar parte de la directiva de la revista, seguía encargándome del departamento del corazón, por supuesto, así que yo era la que daba el visto bueno a los artículos.

Y ella... ella dejó la recepción obligada, porque decía que ahí estaba muy bien, pero Duncan insistió en que su esposa no iba a ocupar ese puesto, así que la subió a la directiva junto a mí. Era mi mano derecha en el departamento, y es que como me dijera una vez hacía algunos años, tenía contacto con gente que le pasaba buenas informaciones de algunos de los personajes públicos más importantes e influyentes del país y del mundo en general, y ahí que íbamos nosotras a contrastar esos chivatazos para después enviar a nuestros periodistas a cubrir la noticia.

Vamos, que en estos cuatro años formábamos un equipo perfecto y las ventas de los ejemplares en papel habían aumentado un doscientos por cien, así como las visitas de la Web, que con cada noticia que publicábamos podíamos decir que durante la primera hora ya la habían leído más de cien mil personas en todo el mundo.

Éramos unos crack las dos, no había duda.

—Pues no sé, socia —contesté riendo—. Iván no me ha dicho nada, pero creo que posiblemente pasemos una semana en la casa de la sierra.

—Allí nos vemos, entonces, porque Duncan también quiere ir unos días.

—Quién nos iba a decir que acabarían llevándose tan bien esos dos —comenté recordando el día que nuestro jefe sacó a Iván de mi despacho después de que entrara gritando como un energúmeno

al ver el artículo que había publicado sobre él.

—Pues hija, siempre se ha dicho que para ser amigos a veces hay que discutir primero.

—¿Se puede aplicar también a amantes, matrimonio, y esas cosas?

Reímos, porque desde luego que mis principios con Iván fueron una guerra, pero a día de hoy no cambiaría ni uno solo de los instantes que pasamos juntos.

Almudena se marchó, seguí revisando los artículos que saldrían esos días y media hora antes de la hora de salida, dos diablillos de ojos azules entraron en casa como un vendaval.

—¡Mamá, mamá! —gritaron mis hijos, corriendo hacia mí.

—Pero, estos niños tan guapos, ¿quiénes son? —pregunté, haciéndome la despistada.

—Iván y Alonso, mamá, tus hijos —contestó Alonso, el pequeño de los dos.

—¿Tengo dos hijos? —Me llevé las manos a la boca y ellos rieron al verme con los ojos tan abiertos.

—Sí, y nos quieres mucho —ese era Iván, que había salido a su padre en todo, este era un rebelde de los pies a la cabeza, mientras que Alonso era mucho más tranquilo.

Mis hijos eran el día y la noche, tan iguales en el exterior y diferentes en su modo de ser.

—Hola, hija —miré a mi padre cuando lo escuché entrar.

A sus sesenta y tres años ya había dejado la abogacía, se dedicaba de lleno a sus nietos y a mí, en verano era él quien los cuidaba, igual que en vacaciones de Navidad o Semana Santa.

Y mis hijos encantados de estar con el abuelo, tanto que Alonso no solo llevaba su nombre, sino

que además quería seguir sus pasos y ser el mejor abogado de la ciudad.

Iván, como no podía ser de otra manera, llevaría los negocios de mi marido.

—Mamá, ¿vamos a ir a comer a casa de Ruth? —preguntó Alonso.

Ruth, la hija de Almudena y Duncan, esa preciosa niña de tres años a quien mi hijo pequeño adoraba.

Que sí, que son muy pequeños aún, pero mi niño se encargaba de que siempre estuviera bien, yo ahí veía que algo habría llegado el momento.

—¡Hola, tía Judith! —gritó Nuria, mi mejor amiga, desde la puerta de mi despacho con Sonia, su hija de dos años.

Sí, la enfermera también formó su propia familia, en su caso con uno de los socios inversionistas de Iván. Les presentamos durante una cena que había organizado mi marido para todos sus socios y ahí surgió la chispa.

Ella seguía trabajando en el hospital, decía que había nacido para ayudar a otros y no iba a dejarlo, seguiría trabajando hasta que el cuerpo aguantara.

—Pero, ¡si es la niña más guapa de la ciudad! —Cogí a Sonia en brazos y me la comí a besos, esa niña y Ruth eran mi perdición.

Adoraba a mis hijos, de eso que nadie tenga la más mínima duda, pero moría con esas dos preciosas niñas a las que quería con locura.

En un momento mi despacho se convirtió en una improvisada guardería, y es que Almudena llegó con su hija también, y aquello parecía una reunión de madres en la cafetería del parque.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Duncan sonriendo.

—¡Papí! —Ruth corrió hacia él, que la cogió en brazos y besó su frente.

—Hola, princesita.

—Estábamos hablando de irnos a comer todos juntos, ya que cogemos vacaciones desde ya pues... —comentó Almudena.

—Eso está hecho. Voy a por Iván.

—Dile que haga el favor de llamar a mi marido, que yo lo he hecho y no me ha cogido el teléfono. Este tiene una amante —soltó Nuria, haciéndonos reír a todos— ¿Os reís? Lleva ignorando mis llamadas toda la mañana. Si hasta he pensado en darle un susto.

—Nuria, no seas mal pensada, que Andrés te quiere con locura —le dijo mi padre.

—Claro, sí, pero, ¿y si me hace lo que a su ex mujer? Vamos, dejarme por otra.

—Ya estaban separados —me apresuré a decir.

—¿Sois conscientes de que las tres nos casamos con hombres divorciados? —preguntó Almudena y eso nos hizo mirarnos y soltar una carcajada.

—Con la de solteros que habría en el mundo, oye —contestó Nuria.

—Pero seguro que ninguno te habría querido tanto como yo —ahí estaba Andrés, su marido, que por cómo la miraba estaba más enamorado de lo que ella pensaba.

—¡Hombre, el desaparecido! Ya creí que te habías fugado para casarte con tu amante embarazada. Ahora que, una cosa te digo muy clarita, el día que me hagas eso, te aseguro que vas a tener que currar en otro empleo porque la pensión que me vas a pasar por la niña va a ser... de las de echarse a temblar.

—Cariño, me olvidé el teléfono en casa.

—¿Y por qué no lo he oído sonar las cerca de cincuenta veces que te he llamado, Andrés? —preguntó ella.

—Porque está en silencio, sabes que lo dejo así cuando llego a casa para que no me moleste nadie. Ese es mi momento de paz, con mis chicas.

Andrés cogió a Sonia en brazos y le dio un beso, para después abrazar a Nuria y hacer lo mismo.

—¿En serio crees que te dejaría por otra, cuando eres todo cuanto he querido en la vida? —le preguntó y ella agachó la mirada, avergonzada.

—Pues ya estamos todos —dijo mi marido entrando en el despacho.

Y mis hijos fueron flechados a por él, que no dudó en coger a cada uno con un brazo.

Cuarenta y ocho años, casi un señor de cincuenta, y seguía siendo tan vital como seis años atrás. En todos los aspectos, espero que me entendáis...

—Bueno, hija, os dejo —dijo mi padre dándome un abrazo.

—No, hombre, el abuelo Alonso se viene a comer —Duncan se acercó a mi padre y le dio una palmada en la espalda—. Venga, que he llamado para reservar en el restaurante de siempre.

El restaurante en cuestión era de unos amigos de Duncan, que contaba con una zona de juego para los más pequeños, ellos tenían hijos y decían que sabían bien lo que era tener una de esas reuniones familiares y que los niños quisieran jugar un poco mientras los mayores tomaban café, así que nuestras comidas o cenas fuera de alguna de las casas, solían ser allí.

Subimos a los coches y fuimos para allá, en el nuestro íbamos solo Iván y yo, puesto que mis hijos

querían ir con el abuelo, le querían mucho, y ese amor era mutuo.

—Almudena preguntó dónde iríamos de vacaciones —le dije.

—Pues por lo pronto, mañana a la casa de la sierra. Hemos quedado los tres en pasar unos días allí.

—Lo imaginaba.

—¿No te apetece? —preguntó cogiéndome la mano para besarla.

—Claro que sí, bobo. Es solo que ya os vamos conociendo.

—¡Ah, vale! Me habías asustado.

—Iván, tengo una pregunta que hacerte.

—Miedo me das.

—No deberías temerme, si soy un amor de mujer —acompañé mi declaración con un magistral aleteo de pestañas que le sacó una carcajada.

—Venga, suelta esa pregunta que me estás poniendo nervioso.

—¿Te gustaría que tuviéramos una niña?

—¿Estás embarazada? —fue la pregunta que hizo mirándome con los ojos muy abiertos.

Bien sabía él que no era ese el caso, que no podía darle una hija a no ser que fuera de nuevo por in vitro, pero...

—No, es solo que he estado informándome y... Bueno, me gustaría adoptar, si tú quieres, claro.



—¿Sabes? Siempre pensé que me gustaría tener una gran familia, con mi ex eso no fue posible, y cuando nos dijeron que no podías tener hijos... creí que podríamos adoptar, hasta que nos ofrecieron la posibilidad de que tuviéramos un hijo de modo clínico.

Se quedó callado unos instantes, mientras conducía de camino al restaurante, hasta que le vi desviarse y parar en un aparcamiento.

—Me encantaría que tuviéramos una hija, me muero con las niñas de Duncan y Andrés. Me habría encantado que fuera como mi esposa, y como su abuela, claro está, pero me gustaría poder darle un hogar, una familia y el amor que necesita, a una de esas niñas que están solas en el mundo.

Me había hecho llorar como una magdalena el muy jodido de mi marido, pero él era así, un hombre amable, cariñoso, dispuesto a dar cuanto podía de lo que poseía para ayudar a los demás.

El Iván Vera con el que me había casado seis años atrás, nada tenía que ver con ese del que se hablaba en las revistas, del que se decía que era un hombre infiel que no dudó en llevar a una de sus muchas aventuras a la casa que compartía con su esposa, para restregarle que ya no la amaba y que otras mujeres le daban mucho más de lo que ella hacía.

No, el hombre que tenía delante, ese que empecé a conocer durante aquel fin de semana en el que llegó la calma tras la tormenta, que nos había rodeado a lo largo de los peores días de mi vida, era el que me había reconquistado, poco a poco, el que dejó salir esa tarde de viernes los sentimientos que tenía hacia mí.

—Cuando quieras, podemos informarnos —dijo y yo sonreí.

—Ya lo he estado haciendo, sé todo lo que necesitamos para empezar los trámites.

—En ese caso, mi querida esposa, el lunes lo preparamos, nos ponemos en contacto con la mejor agencia que encontremos, y empezamos los trámites.

Me cogió las mejillas y me dio uno de esos besos que empiezan siendo tiernos y acaban

entregándote todo el amor que siente la otra persona por ti.

*Dos años después...*

Estaba nerviosa esperando en aquella sala del centro en el que mi niña llevaba viviendo desde que era un bebé. Laila tenía tres años, y cuando empezamos todos los trámites para adoptar una niña, conocimos a todas las que había allí. En cuando vi esos ojos verdes mirándome, y la sonrisa que me dedicó, supe que ella me había escogido como su madre.

—Tranquila, cariño —Iván me abrazaba frotándome el brazo, pero no podía relajarme.

Tenía ganas de verla y llevarla con nosotros a casa.

Y ahí estaba, mi morenita de ojos verdes, sonriendo y caminando hacia nosotros.

—Mami —dijo con su vocecita cuando me puse en cuclillas para recibirla.

—Sí, cariño, soy tu mami —lloré de alegría porque, al fin, abrazaba a mi pequeño tesoro siendo mi hija oficialmente.

La cogí en brazos, Iván me cogió la mano y fuimos a casa donde nos esperaban todos para recibir a nuestra niña.

Los primeros en correr hacia nosotros fueron los mellizos que, a sus seis años, ya sabían que tenían que hacer de hermanos mayores.

Le cogieron cada uno de una mano y la llevaron a la casa. Mi padre sonrió y lloró igual que yo había hecho, después la cogió en brazos.

—Bienvenida a la familia, cariño.

La familia, mi familia, esa que a lo largo de estos años había ido creciendo y que ahora se preparaba para la llegada de otros dos miembros más pues tanto Almudena como Nuria, estaban

embarazadas de sus segundos hijos, dos niños a quienes todo estábamos deseando conocer.

La vida nos sorprende con cada día que pasa, y, a veces, esas sorpresas llegan en forma de pequeñas diferencias y peleillas para después demostrarnos que, cuando se ama a otra persona, lo importante es luchar por aquello que se desea tener.

Su amor, su felicidad, ver su sonrisa día tras día y saber que, pase lo que pase, estará ahí para nosotros.